

EL COJO ILUSTRADO

AÑO III

1º DE MARZO DE 1894

Nº 53

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL B. 4
UN NUMERO SUELTO. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENA

EDICIÓN BIMENSUAL
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE ó NO

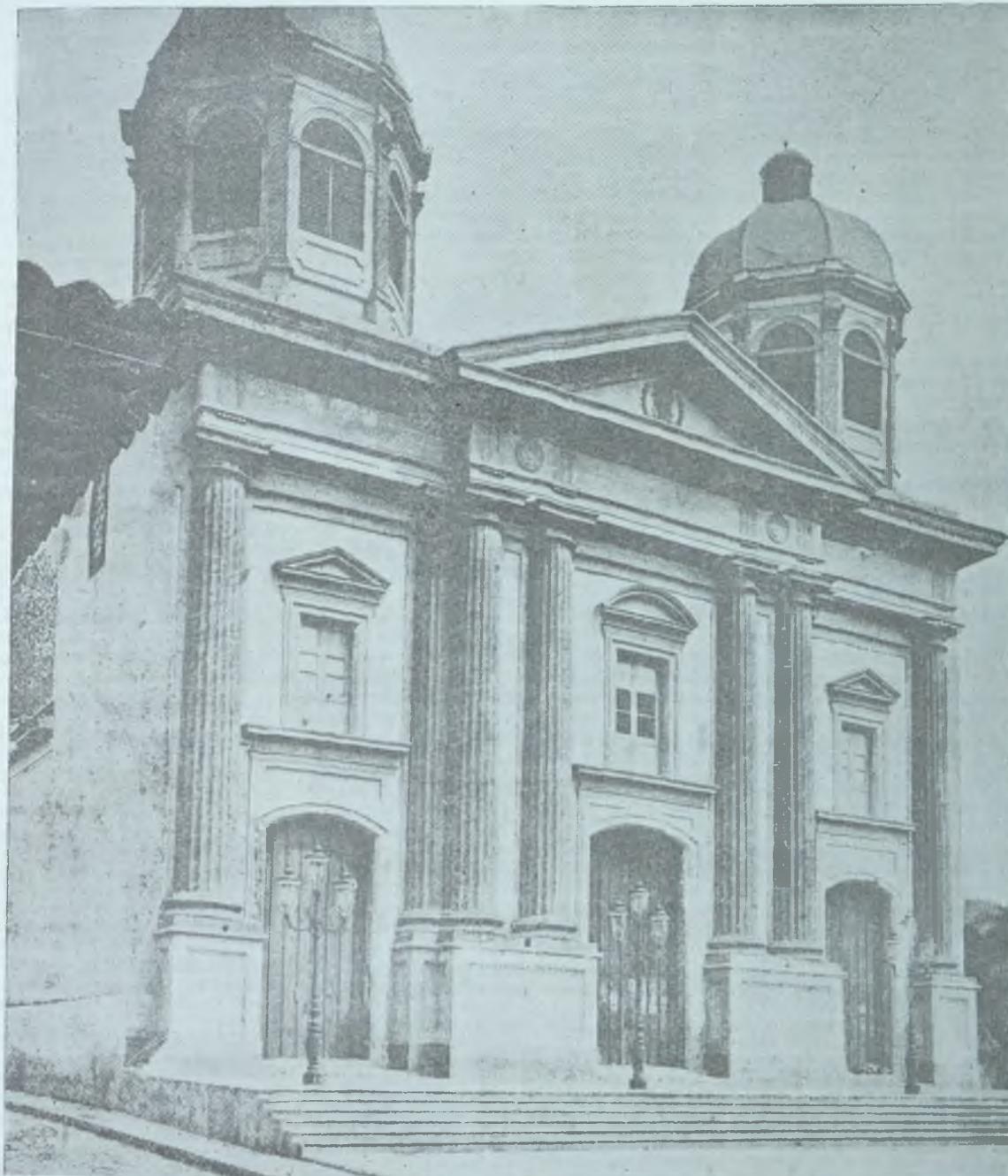
SUMARIO

TEXTO.—Inauguración del Gran Ferrocarril de Venezuela, por el Dr. F. de P. Alamo.—Mi templo, por Luis López Méndez.—Recuerdos, por P. Manrique.—Don Rafael de la Cova, por E. M. y M.—Zorrilla olvidado, por Miguel Eduardo Pardo.—Lo maravilloso, por el Dr. R. Villavicencio.—Los explosivos, por Don José Echegaray.—El anarquismo y la defensa social, por César Silió.—NUESTROS GRABADOS.—Una condesa, por Alfonso Duodel.—Actualidades, por Eugenio Méndez y Mendoza.—Com-

pañía de Opera Italiana, por Síptimo.—Cocina solar, por el señor M. Buscaglioni.—Los Porqué de la señorita Susana, por Emile Desbeaux.—El millón del tío Raúl, por Emilio Richerbourg.—Anuncios.

GRABADOS.—Iglesia de las Mercedes, de fotografía.—Don Juan Bautista Dalla Costa, de fotografía.—Don Rafael de la Cova, de fotografía.—Mr. W. Nephew King Jr., de fotografía.—Señora

Elisa Bassi, de fotografía.—La Primavera.—Adán y Eva, por Kaulbach.—Banda particular de Maturín, de fotografía.—Moral Monagas en Maturín, de fotografía.—Edificio del Banco de Venezuela, dibujo de señora Abello.—Plaza de San Juan y estatua Zamora, de fotografía.—Jac el negro, dibujo de Amy.—Obelisco del Parque Central de Nueva York, de fotografía.—Música: Nocturno, por la señora Isabel P. de Mauri.



IGLESIA DE LAS MERCEDES. — Caracas

INAUGURACION DEL GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA

¡Fecha memorable en los fastos del progreso de Venezuela la del 1º de febrero de 1894!

La inauguración del Gran Ferrocarril de Venezuela inicia la época de la transformación industrial de una de las más ricas porciones del país y estrecha de hoy en adelante los lazos de amistad que unen á Caracas con Valencia.

La ciencia de la ingeniería está de plácemes porque se ha resuelto el problema de unir, á través de grandes montañas, dos regiones que parecían inacercables por otras vías que no fueran el tradicional camino de réquias y la larga é incómoda carretera.

¡Maravillas del Progreso! ¿Quién hubiera dicho al sabio Humboldt, cuando acompañado de su no menos sabio amigo Boupland, allá en los comienzos del presente siglo atravesaba la región montuosa de la cordillera y posaban sus ojos en la fértil campiña que riega el claro Aragua, que 94 años más tarde, habría de descender de esas mismas montañas la rauda locomotora y, acortando el espacio fragoso é inistrinable, comunicaría rápida y fácilmente la vieja ciudad del Avila con la Nueva Valencia, reina del Tacarigua? Ni lo hubiera presentido ni aún en delirios aquél que nos dió libertad y patria, cuando en su corcel guerrero se aprestaba á poner término á la larga y sanguinaria lucha, en el inmortal campo de Carabobo!

El ferrocarril entre Caracas y Valencia es un hecho y de tal magnitud y trascendencia que suspende el ánimo y lo asombra; porque, cómo dijo un inspirado orador, al inaugurar la obra y en medio del regocijo de todos los que asistían á tan fausto suceso: "Si se hubiera apreciado de antemano todo el esfuerzo que era menester para la realización de esta obra; si se hubiera podido apreciar en su justa medida tantas dificultades, tantas fatigas y pesares tantos como había de costar su ejecución y acabamiento, el espíritu más firme habría desmayado ante la magnitud del propósito." (1)

A fines del año de 1886 llegaba á Caracas un distinguido ingeniero, de larga práctica en trazos y construcciones de vías férreas, era el señor L. A. Müller, espíritu indomable, carácter energético que comisionado por la casa de Fred. Krupp, en Essen, Alemania, venía á estudiar una vía que condujese á los Valles de Aragua, conocidos en toda Alemania, por el relato de Humboldt, como un nuevo paraíso. Inmediatamente que hizo el viaje, siguiendo el antiguo camino español de las Lagunetas después por la carretera hasta Valencia y de allí á Tocuyito y San Carlos, trazó la línea y la envió dibujada á su rico comitente.

Más tarde se envió de Alemania á los Ingenieros Plock y Jungbecker para que en unión de Müller vieran y verificasen el trazado de la vía en proyecto que éste había dibujado. El informe de los ingenieros citados fue favorable y Müller recibió la orden de ajustar con el Gobierno de Venezuela las bases de una concesión, comprendiendo tres secciones la de Caracas á Cagua, la de este lugar á Valencia ó Tocuyito y la de este último á San Carlos.

El año de 1887 quedó pues realizado este negocio y se dió comienzo á los trabajos, imprecisos y costosísimos que hoy vemos coronados con el éxito más completo.

(1) Discurso del doctor Bruzual Serra en la Estación de La Victoria.

¡Gloria, pues á los iniciadores y propulsores de esta obra colosal!

No es nuestro propósito describir la línea férrea por su lado técnico, puesto que ya sobre la excelencia de su construcción, sobre las dificultades del trazado, sobre los mil y un inconvenientes que hubo que vencer para llevarla ya sobre el lomo del gigantesco cerro, ya á lo largo de sus faldas abruptas y profundamente cortadas por las aguas, se ha escrito bastante y repetirlo carecería de novedad; sólo pretendemos, si le es dado á nuestra pobre pluma ayudarnos, describir los variados paisajes, las delicadas perspectivas que de instante en instante cambian y se multiplican en el hermoso trayecto que recorremos y que aún manteneinos en la mente.

Si partimos de Caracas, son las verdes y risueñas vegas del Guaire las que atraen nuestras miradas. Allá en el fondo, sirviendo de marco á tan espléndido cuadro, el Avila coronado de nieblas ó dejando ver su escueta calva donde juegan los rayos de la luz. Y pasando por las pequeñas poblaciones del tránsito, las haciendas de umbría arboleda, comenzamos á subir hacia el macizo de los Teques, legendaria tierra de Guaiacaipuro. Allí Sebastopol formado de rocas gigantescas que parecen amenazar al tren ó ahogarlo entre sus oscuras entrañas. Coronando la altura la población de los Teques, de aspecto campestre y rodeada de el San Pedro de frigidísimas aguas. Ya se siente el aire puro de las montañas, ya se huele á campo, á flores campestres y la mirada persigue fugitivas perspectivas, en los collados y declives alfombrados de suavísima yerba.

De súbito penetramos en oscuroso túnel para despertar á un cambio de escena después de breves instantes. Valles y montañas se suceden simulando encrespadas olas; el río Guayas corre por la verdes praderas que sus aguas fertilizan y se pierde en lontananza entre los vapores de la mañana. Mientras tanto, el tren impulsado en la pendiente, salva los obstáculos que la naturaleza le opone, húndese en los prolongados túneles, reaparece para de nuevo ocultarse ó pasa gallardo por abismos desvanecedores con toda la majestad de un poderoso.

Espectáculo grandioso el que nos proporcionan á una la naturaleza, silenciosa e inmutable y la obra del hombre llena de vida, de movimiento!

Así descendimos describiendo espirales por los flancos de la poderosa mole y nuestras miradas contemplaron de cerca la espléndida llanura surcada por ríos de cristalinas aguas y de lujosa vegetación que se extiende hasta perderse en dudoso horizonte.

El clima, más ardiente á medida que avanzamos favorece el cultivo de la caña, que constituye la principal industria de los Valles de Aragua. El trayecto que recorriamos está cubierto de haciendas y de pequeñas labranzas. Aquí se ve la vida industrial en todo su auge; las acequias plétóricas de agua que va á mover las grandes ruedas de los trapiches; los bueyes uncidos á la sombra de frondoso orope, parecen esperar la voz del gañán para recomenzar la tarea; los carros conduciendo el producto de los campos al cortijo: en fin, el regocijo y el bienestar que difunden la paz y el trabajo.

Con verdad se han llamado los Valles de Aragua, jardín de Venezuela. No hay un palmo de terreno que no esté cultivado; de ahí la belleza de esos campos. Donde quiera siembras de plátanos, cebollas, maíz, arroz, papas, etc., alternando con las plantaciones de caña de verde esmeraldino ó

con los potreros donde pacen rebaños de ganado vacuno y atajos de bestias. Los cultivos entre San Mateo y Maracay no tienen rival en todo Venezuela.

Cerca de Maracay comienzan á ensancharse los cerros y hacerse más extensos los Valles de Aragua. Hacia el sur las azuladas colinas anuncian junto con el suave color del cielo la proximidad del Lago de Valencia. El tren marcha con inusitada velocidad por rectos de más de un kilómetro y una brisa fuerte viene á refrescar la abrasadora atmósfera. En nuestro viaje de ida llegamos á las márgenes del Lago ya entrada la noche. Una faja brillante anuncia su proximidad y el planeta Venus, la estrella de la tarde, reflejaba sobre el azul indeciso de las aguas su apacible lumbre, comunicando á éstas un aspecto fantástico. Al sur, en las montañas de Güigüe ardían algunas rozas que cual cintillo de fuego estrechaban el horizonte marino.

Pero qué distinto aspecto presentaban aquel lago, aquellos campos y la extensa llanura á los resplandores del más purísimo día! Donde quiera que la mirada se extendía contemplaba arrobada los mil encantos que una naturaleza fecunda derrama á manos llenas. Aquí bosquecillos de plátanos de anchas hojas reflejándose en la superficie tersa de las aguas; allá la llanura ilimitada cubierta de samanes y divididas de menudas hojas dando sabrosa sombra á gran número de bestias y ganado; acullá la serranía ascendiendo en suave gradación y coronada de picachos cuya altura no baja de 1.200 metros. Con razón decía el Barón de Humboldt que el Lago de Tacarigua ofrece una de las más hermosas y risueñas escenas que había visto jamás en toda la superficie de la tierra!

El camino de Caracas á Valencia es uno de los más pintorescos que existen por la variedad de sus vistas incomparables y si á esto se agrega la comodidad de que goza el viajante en un tren de admirable construcción, con recursos de todo género en el trayecto, no dudamos que constantemente se llenen sus wagones de turistas que quieran ir á gozar de tantas y tan seguidas impresiones agradables.

La fiesta de la inauguración no ha dejado que desear. Pueden darse por satisfechos los que han intervenido en la construcción de esta colossal obra, porque con el esfuerzo de su inteligencia y de sus brazos han levantado un monumento al Progreso y hecho uno de los más grandes servicios á la tierra de Bolívar!

Caracas: febrero de 1893.

FRANCISCO DE P. ALAMO.

MI TEMPLO

(Traducción de un soneto de Longfellow)

AL SEÑOR JOSÉ MARÍA MARTEL

Como torres de un templo alzan los pinos
Sus majestuosas copas enlazadas.
El arco que así forman no es de piedra,
Ni al arte debe su primor que pasma:

Naturaleza lo trazó, y las vides
Luego esculpió como graciosa randa.
Más organo no se oye que la brisa
Que gime y que suspira entre las ramas.

Ni sepulcros de mártires oculta,
Ni obispós muertos en su seno guarda.
Entrad! las ojas secas repicúen
Con un eco suave las pisadas.

Oíd! el coro empieza; son las aves
Que el canto entre los árboles levantan.
Óidlo antes que expire; y estad ciertos
Que puede haber un culto sin palabras!

LUIS LÓPEZ MÉNDEZ.



DON JUAN BAUTISTA DALLA COSTA

RECUERDOS

Hace mucho tiempo que venimos observando que en lo general todo progresá, sólida ó superficialmente en nuestra tierra, sin excluir siquiera el vicio con toda su variedad y creemos que ningún lector juzgará exagerada nuestra aserción, ni nos pondrá en el caso de comprobarla pues á no estar ciego verá y tocará lo que nosotros afirmamos.

En efecto el que haya conocido á Caracas hace cuarenta años y se acuerde de la entonces plaza del mercado, de sus calles, de su pan-de-hornito, del puente colgante de El Guaire, de las octavas de Corpus en Santa Rosalía, de los nacimientos y entradas de Jerusalén, de sus viajes á La Guaira por Las Aguadas, de su alumbrado de aceite de coco, etc., y compare lo que hoy gozamos exclamará como nosotros ¡cuánto hemos adelantado!

Pero ¡cosa extraña! en medio de ese progreso; en presencia de los ferrocarriles, telégrafos y teléfonos, basílicas, teatros y jardines encontramos que hay algo, por cierto muy importante, que no sólo no avanza sino que realmente retrocede y nos referimos á los colegios y casas de educación.

Nos acordamos del primero que se fundó y fué el gran semillero de nuestras notabilidades, en los albores de la República, el Colegio de la Independencia, y nos parece que con aquel esfuerzo se acabó la voluntad y todo el entusiasmo por la tan necesaria institución.

Creemos que se difunden día por día los conocimientos puramente elementales; que hay más quienes lean mal pero menos que posean las intimidades de las ciencias.

Y nos duele sentirlo y más nos duele decirlo! y si no estuviéramos hoy como coaccionados, bien cuidado tendríamos en callarlo.

No inculpamos á nadie cuando por carácter y por educación estamos siempre dispuestos á encomiar!

Procurando explicarnos tamaña anomalía, deseando conocer las causas que la producen y aspirando á suprimirlas nos ocurre lo siguiente.

El desarrollo y porvenir de todo negocio de-

pende no sólo de la cabeza que lo dirige sino también del capital material que le sirve de fundamento y de todas las particulares condiciones que cada empresa, agrícola, mercantil ó industrial requiere.

En vano podemos esperar provechos para el pobre agricultor, por muy buen agrónomo que sea, si siembra en terreno ajeno y paga 10% capitalizable por semestres sobre escasos suplementos, insuficientes para fomento y para la simple conservación.

Ilusorio es el resultado de un negocio mercantil que se funda sobre un crédito de 4 ó 6 de 6 meses cuando no hay ley que obligue al deudor á pagar oportunamente y cuando el fallido, *si quiebra con habilidad*, es siempre persona para comerciar!

Pues otro tanto ocurre con los Colegios.

Como cualquiera otro negocio éste requiere no sólo caudal variado, especial, sólido de cualidades en su Director sino también capital efectivo para manejarlo y para ponerlo á cubierto de todo género de eventualidades.

Nosotros ignoramos si los actuales, respetables, excepto el que esto escribe, directores de los Colegios de Caracas fundaron sus respectivos institutos sobre capital propio suficiente; pero nos inclinamos á creer (perdonen nuestra osadía) que ellos poseían sólo voluntad á

toda prueba, paciencia inimitable (más que Job puso no maldicen) amor por el bien, profunda ciencia y un tanto de dignidad personal que les hizo buscar en la humilde profesión de instituto su independencia, y el pan honrado que les negaban la agricultura, el comercio, la industria ó la política.

Fundados pues estos establecimientos sin una de las condiciones vitales de todo negocio, *el capital*, ellos dan lo más á que se puede aspirar, *medio pan*; y viven estacionarios y son impotentes para modificar defectos, introducir nuevos métodos, establecer una severa disciplina en los alumnos que los frecuentan y corregir en los padres que los favorecen debilidades que si naturales, algunas veces, son siempre fatales para la educación y buena dirección de los primeros.

Estas reflexiones nos sugiere la visita que en nuestro reciente viaje á Valencia hicimos al «Colegio de Lourdes» que allí dirigen por modo notable varias respetables hermanas de la Congregación de San José de Tharbes.

A pesar de su civilización, de su población, de su riqueza, nada tiene Caracas, en este ramo, comparable con aquello: ni varones, ni hembras nada tienen aquí que se parezca.

Mientras que para la generalidad los Colegios son aquí algo así como lazaretos, pues ya para ellos no se consiguen ni casas sino con exorbitantes alquileres, allí se construye por un solo caballero un edificio especial, espacioso, higiénico con todas las condiciones del caso.

No hacemos una descripción sino ligero bosquejo que dé una idea á los lectores de EL COJO.

A la entrada y separados por ancho zaguán sala de recibo y un oratorio sin lujo pero con la corrección y seriedad apetecibles; á la derecha espléndido salón-dormitorio capaz para las cien camas que lo ocupan con una calle central de un metro y medio de ancho y trasversales de un medio por lo menos; elevadas puertas y anchas ventanas comunican aire y luz exuberantes; uniformidad absoluta en las camas tendidas todas de espléndida blancura como símbolo de las puras costumbres que allí reinan: á la izquierda salas de clases provistas de mobiliario escolar americano en perfecto buen estado; al fondo en todo el ancho del edificio un extenso comedor

que satisface todas las comodidades y las necesidades de tan numerosa como interesante familia: al centro espacioso jardín cultivado con esmero, rodeado por cuatro espaciosos corredores todo pavimentado de cemento romano, todo rebozado aseado, cultura, gusto y alumbrado por bombillas de luz eléctrica.

En un cuerpo adyacente á la izquierda se encuentran un guarda-ropa con cien escaparates numerados colocados en filas paralelas con calles longitudinales y pasadizos trasversales que facilitan el tráfico con toda comodidad y holgura.

Extenso corredor con sus lavabos provistos de lujosas llaves nikeladas y agua abundante á toda hora; una serie de baños independientes con sus respectivas regaderas; excusados de agua, americanos; cocina, lavadero, jardín y carbonera independiente todo del edificio principal y al alcance sin embargo de la más urgente necesidad.

A todo esto y por sobre todo esto agréguese una limpieza que nos recuerda las descripciones que De Amicis hace de Broek (Holanda); el trato culto, esquisito de las virtuosas Directoras, una imagen de Nuestra Señora de Lourdes y otra de San Vicente de Paúl dominando aquella mansión y nosotros en fin arrodillados ante la constancia, la virtud, la caridad y formarán nuestros lectores una idea, aunque pálida del Colegio de Lourdes de Valencia, nuestra segunda Capital.

Hasta aquí nuestra visita á este establecimiento que honra en primer término á su generoso fundador, señor Cordero y á Valencia que se engrullece y con razón de poseerlo y á los señores padres de familia que ayudan con su valioso esfuerzo á sostenerlo y fomentarlo.

Vayan en estas líneas nuestras felicitaciones para todos ellos; nuestra admiración á sus santas directoras y nuestros votos muy sinceros por su desarrollo gradual no interrumpido hasta alcanzar la perfección absoluta.

P. MANRIQUE.

Enero 9 de 1894.

DON RAFAEL DE LA COVA

EL COJO ILUSTRADO publica hoy el retrato del joven escultor venezolano Don Rafael de la Cova, Profesor en la Academia de Bellas Artes y autor de varias obras artísticas que existen en Caracas, de las que en este mismo periódico se publicó en fotograbado el monumento á Ricaurte y Girardot erigido en la antigua plaza de San Lázaro.

Muy joven empezó el señor de la Cova el estudio del arte á que se ha consagrado con verdadero amor. Fué enviado á Roma por el Gobierno de la República el año de 1875 en calidad de pensionado y permaneció en la histórica ciudad tres años, haciendo sus estudios en la Academia de San Lucas, bajo la dirección del profesor Prósperi, y al mismo tiempo recibió lecciones particulares del notable escultor alemán Constantino Daush. De allí trasladóse á París, donde permaneció otros tres años como alumno de la Escuela de Bellas Artes, en la que tuvo por profesor al escultor Dumont. Regresó á Venezuela de donde al cabo de corta permanencia partió para los Estados Unidos de Norte América, país donde residió cinco años y ejecutó su primera obra. Más tarde, y ya radicado en su país, volvió á Europa encargado de la ejecución del monumento en Carabobo, del que personalmente hizo gran parte, y que existe en la plaza Bolívar de Valencia. En 1889 ejecutó en Nueva York el monumento á Ricaurte y Girardot de que hablamos al principio; y recientemente acaba de llevar á cabo en la propia ciudad, por orden de nuestro gobierno, un monumento á Cristóbal Colón que Cova estima como la mejor de las obras que hasta ahora ha hecho y de la que no pocos elogios hemos leído en la prensa de aquella gran metrópoli.

El monumento, del que parte hay ya en La Guaira y parte se está acabando de fundir en Nueva York, es de bronce y mármol, tendrá cuarenta y cinco pies de altura y representará á Colón en su traje de marino, de pie en la proa



DON RAFAEL DE LA COVA



W. NEPHEW KING JR.

Correspondent of *New York World* y *Harper's Weekly*

de la carabela y en actitud de mostrar la tierra firme. Además de la figura de Colón tendrá el monumento tres alegorías de Venezuela, Italia y España, todas de bronce; la proa de la carabela, y todo el resto del pedestal, de mármol de diversas clases.

Pronto, pues, podremos apreciar el mérito de esta obra del joven compatriota que es además de esforzado artista, caballero de culto y afable trato, excelente amigo y laborioso ciudadano.

ZORRILLA OLVIDADO

Yo suponía que todas las casas de Madrid se iban á enlutarse; la Academia de la Lengua y la Asociación de Escritores y Artistas á lo menos. Pero alguien se acercó y dijome al oído y en voz baja la razón... Es verdad: ¿quién recordaba en aquellos momentos el aniversario de la muerte de un poeta, de Zorrilla, cuando cumplía años de vida Alfonso XIII, el niño monarca, el niño que será, digo, que es Rey de los españoles? (1) La Academia tenía que ir á Palacio y la Sociedad de Escritores anda en los afanes de un baile de máscaras que se celebrará en el Teatro Real? ¿Quién deja la alegría dislocante de una fiesta mundana y quién osa salir de los espléndidos comedores de la regia estancia para llevar al cementerio la corona de flores dolientes que espera la tumba de un poeta? ¿Quién?...

Lo decía un importante periódico de la mañana.

"La fecha ha pasado inadvertida para casi todos los que aquí se precian de respetar á nuestros hombres y de enaltecer su memoria.

"Si se tratase de la recepción académica de cualquier personaje ridículo, quizá hubiéranle dedicado muchas líneas entusiásticas los eternos admiradores de todo lo cursi."

**

(1) Después de escrito esto supe que la Empresa del Teatro Español verificó una función solemne para conmemorar el triste aniversario.

Consagrando homenajes á la memoria del último poeta, porque con Zorrilla concluye la gerarquía de los bardos genuinamente nacionales, no es sólo rendir un testimonio de afecto, es cumplir un deber; es pagar una deuda de gratitud contraída con el olímpico inspirado que cantó á Granada, con el ilustre muerto que dejó toda la gloriosa herencia á España.

Zorrilla no fué únicamente un poeta universal como Núñez de Arce: fué un poeta *español*; fué el poeta de todo un pueblo, de todo un romántico pasado, de toda una raza heroica. Zorrilla fué la personificación de la España deslumbradora, de la España caballerescas, de la España orientalista. Su poesía no cambiará, como quizás cambie la del autor del *Idilio* con el trascurso de los tiempos: es harto nacional para que pierda su carácter. Con Zorrilla se admira; pero antes que todo se siente. Nadie, absolutamente nadie lo iguala hoy en la Península, ni mucho menos lo supera. Sobrábale razón al escritor que dijo: "Zorrilla no tiene sitio en la poética del siglo XIX si no se le permite sentarse sobre el sepulcro de la poesía española"; sí; porque Zorrilla es único como Goya, que tiene su galería aparte en el Museo de Pinturas. En él estaba encarnada toda una edad gentil de soñadores, de galanes, de dueñas, de grandes extinguidas y de extinguidas costumbres. Pero la presente generación, en medio de este sonoro torbellino de fiestas, no quiere acordarse de cosas lúgubres; no quiere recordar la gran desdicha. Y eso que la desdicha le tocó demasiado hondo para olvidarla tan prematuramente.

Una musa sóla, sólo una musa amable, la de Manuel del Palacio, plega la frente, palidece y pasa sollozando esta elegía:

No cual yerba corrompida,
según con ruda acritud
dijo en ofrenda sentida;
como planta bendecida
que vierte aroma y salud,
brotó fecundo y lozano
el insigne trovador
cuyo plectro soberano
fue gala, timbre y honor
del farnaso castellano.

Al conjuro de su acento
en sus mudas soledades
recobraban al momento
calor, vida y movimiento
razas, imperios y edades;
y su dulce poesía
en el corazón dejaba
la tierna melancolía
con que la tarde espiraba
y la flor languidecía.

Resucitados por él
vimos alzarse en tropel
de su lecho sepulcral
el vencido de Montiel
el mártir de Madrigal,
el monje batallador,
la dueña pecaminosa,
el altivo seductor,
y la virgen candorosa
y el mancebo soñador.

Le perdemos, y su nombre
aún llena el alto prosencio,
para que al público asombre;
tuvo las faltas del hombre
y las grandezas del genio.
Ya el porvenir no le inquieta:
unido al celeste coro
goza la dicha completa,
mientras con amargo lloro
el pueblo aclama al poeta.

Y nosotros, si queremos
ser fieles á su memoria
y al amor que le debemos,
sobre su tumba velemos
centinelas de su gloria.

Grilo, el poeta aristocrático le cantó al Rey.
No importa: Zorrilla muerto vive, vivirá con
sus leyendas más que todos los reyes.

**

Cuando en las altas horas de la noche, de bruscas en mi balcón, fantaseando no sé qué dichas imposibles, oigo pasar á las "estudiantinas" arrancando melancólicos sones á sus bandurrias, cuando aquellas raudas vibraciones de quejas, de rumores y de gorjeos se van alejando, alejándose fugitivamente hasta perderse, allá, en el fondo de esta calleja, alumbrada por faroles agonizantes, creo que va á surgir de aquella semi-oscuridad la heroica sombra

del trovador, inmortal; y me yergo, anhelante, sobre las puntas de los pies, para oír la morisca serenata; para sentir también el trueno joyal, la carcajada gloriosa del campeón de los tenorios. Que á don Juan se le vé, se le adivina en las encrucijadas de Madrid; en el rincón de la taberna ahumada por el parpadeante candil; debajo de los muros del viejo convento, gallardo siempre, con su bigote afilado, con su espada, con su capa flotante, con su sombrero de albas plumas.

Es la victoria, la legítima victoria de Zorrilla. Don Juan Tenorio está ligado á España eternamente y España condenada á ser creída, á ser amada á través de las hazañas del sublime irrespetuoso.

Y ¿dónde está el bronce inmortal, la piedra prestigiosa, el alto mausoleo que glorifique la memoria del hidalgo autor, del milagroso autor de todo eso? ¿Las promesas y las reparaciones ofrecidas sobre el sepulcro del ilustre muerto fueron, acaso, palabras; nada más que palabras elo- gísticas y huertas, para arrullarse con ellas; para exhibirse; para presumir justicias que estaban lejos, pero muy lejos de cumplirse, de ser sinceras por de contado y por de contado de ser verdaderamente sentidas?

Y ¿de esta suerte, por modo y manera tan tristes se recompenza al genio—orgullo de la raza española—al que fué á sentarse, por derecho propio, entre los inmortales á la diestra de Víctor Hugo, porque como él poseía el doble don, "la profundidad de los grandes artistas y el esplendor de los grandes trovadores?"....

A fortuna cuenta la Historia literaria del mundo el coronamiento justísimo de aquel evocador, de aquel mago, de aquel gentil hombre, de aquel semidiós de la poesía castellana.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Madrid: 24 de enero de 1894.

LO MARAVILLOSO

EL CEMENTERIO DE AHRENSBURG
Perturbaciones en una capilla en la isla de Oesel (1)
1844

En la ciudad inmediata de Ahrensburg, única ciudad en la isla de Oesel, está el cementerio público. Dispuesto con gusto y cuidadosamente conservado, cubierto de árboles y en parte ro-



SRA. ELISA BASSI, Primera Tiple dramática de la Compañía de Ópera Italiana

deado por una alameda con siemprevivas, es el paseo favorito de los habitantes. Además de variadas tumbas, desde la más humilde á la más artística, contiene diversas capillas privadas, cada una de las cuales es lugar de sepultura de una familia de distinción. Debajo de cada una hay una bóveda con el piso de madera; á ella se baja por una escalera desde el interior de la capilla, y está cerrada por una puerta. Los féretros de los miembros de la familia que han muerto últimamente, quedan de ordinario por algún tiempo en la capilla. Son más tarde pasados á la bóveda y puestos uno al lado de otro sobre armaduras de hierro. Es costumbre construir estos féretros de roble masivo, muy pesados, y colocarlos juntos muy estrechamente.

El camino público pasa frente al cementerio y á corta distancia de él. Conspicuas y visibles por el paseante, hay tres capillas vueltas hacia el camino. De ellas, la más espaciosa, adornada con columnas en el frente, es la que pertenece á la familia Buxhoeudewen, de descendencia patricia, y originaria de la ciudad de Bremen. Ha sido por varias generaciones su lugar de entierro.

Acostumbraba la gente del país, al venir á caballo ó con carros á visitar el cementerio, atar sus caballos con fuertes sogas enfrente de esta capilla, y junto á los pilares que la adornaban. Esta práctica continuó no obstante que desde ocho

(1) La isla de Oesel, en el Báltico, pertenece á la Rusia por cesión hecha á esta potencia por el tratado de Nystadt, en 1721. Constituye parte de la Livonia.

ó diez años antes de los sucesos que van á referirse, habían habido de tiempo en tiempo rumores vagos, de especie misterioso, conexionados con la capilla en cuestión, diciéndose que era frecuentada por espíritus, rumores que gozaban de poco crédito y eran tratados con irrisión por los propietarios, ya que no podía asignárseles una fuente digna.

La estación principal de concurrencia al cementerio por las personas de todas partes de la isla cuyos parientes estaban allí sepultados, era el domingo de Pentecostés y los días siguientes; porque siendo la protestante la religión de la isla, estos días eran allí observados como en la mayoría de los países católicos lo son el día de Todos los Santos y siguientes.

El segundo día de Pentecostés, lunes 22 de Junio de 1844, la esposa de un sastre llamado Dalmann, que vivía en Ahrensburg, vino con un caballo y un pequeño carro á visitar, con sus hijos, la tumba de su madre, situada detrás de la capilla de los Buxhoeudewen, y ató su caballo como de ordinario enfrente de ella, sin quitarle el apero, porque se proponía visitar un amigo en el campo al terminar sus devociones.

Mientras estaba en silenciosa oración arrodillada sobre la tumba, tuvo una percepción indistinta, á lo que después recordaba, que oía ruidos en la dirección de la capilla; mas, absorta en sus pensamientos, no puso por el momento atención á ellos. Terminadas sus oraciones, y como tratase de continuar su viaje, encontró á su caballo, manoso por naturaleza, en un estado inexplicable de excitación. Cubierto con sudor y espuma, sus miembros temblando, parecía ser preso de un terror mortal. Cuando lo desató, estaba apenas en aptitud para marchar; de manera que

en vez de seguir su intentada excursión, se vió obligada á volverse á la ciudad y llamar á un veterinario. Este declaró que el caballo debía haber sido excesivamente aterrado por una causa ótra, lo sangró, le administró una medicina, y el animal se recobró.

Uno ó dos días después, esta mujer vino al castillo de una de las más antiguas familias de la Livonia, los barones de Guldensubbe, cerca de Ahrensburg, en donde se la empleaba en trabajos de agua para la familia; relató al barón el extraño incidente que le había ocurrido. El lo trató con ligereza suponiendo que la mujer exageraba y que su caballo había podido ser espantado accidentalmente.

El suceso habría sido olvidado pronto sino hubiese sido seguido por otros de igual carácter. El domingo siguiente, varias personas que habían atado sus caballos enfrente de la misma capilla, refirieron que los habían encontrado cubiertos de sudor, temblando, y en un terror extremo; algunos agregaban que ellos mismos habían oído, como si procediesen de las bóvedas de la capilla, ruidos sordos, que á veces, tomaban la apariencia de gemidos; pero esto podía haber sido efecto de la imaginación.

Y esto fué el preludio de ulteriores perturbaciones que crecían gradualmente en frecuencia. Un día, durante el mes siguiente, Julio, sucedió



LA PRIMAVERA

que once caballos fueron atados cerca de las columnas de la capilla. Algunas personas que pasaban cerca y oyeron, según decían, broncos ruidos que parecían salir de debajo del edificio, levantaron la alarma; y cuando los propietarios vinieron á buscar sus caballos los encontraron en una condición lastimosa. Varios de ellos, en sus locos esfuerzos por escapar, se habían arrojado al suelo y luchaban allí; otros apenas podían andar ni aun tenerse de pie; y todos estaban violentamente afectados, de modo que fué necesario sangrarlos en el acto y hacerles otros remedios. En tres, tales recursos fueron inútiles y murieron en uno ó dos días.

La cosa era seria; y fue motivo de una queja formal presentada por alguno de los pacientes al Consistorio, una corte que celebraba sus sesiones en Ahrensburg, y que tenía á su cargo los negocios eclesiásticos.

Por aquel tiempo murió un miembro de la familia Buxhoeudewen. En sus funerales y durante la lectura en la capilla del servicio de difuntos, se oyeron, venidos de abajo, lo que parecía gemidos y otros ruidos extraños, con gran terror de muchos de los concurrentes, en especial, los sirvientes. Los caballos que tiraban el carro fúnebre y los de los coches de duelo fueron sensiblemente afectados; pero no tan violentamente como lo habían sido los anteriores. Después del entierro, tres ó cuatro de los presentes, más intrépidos que los otros, bajaron á la bóveda. Allí nada oyeron; pero con infinita sorpresa encontraron que los numerosos féretros que habían sido depositados en ella en debido orden al lado uno del otro, habían sido desalojados y yacían en un confuso montón. En vano buscaron la causa del desorden. Las puertas habían sido conservadas, cuidadosamente cerradas, y las cerraduras no mostraban señal de haberse intentado una violación. Los féretros fueron repuestos en debido orden.

Este incidente causó mucho ruido y atrajo en consecuencia, atención adicional hacia la capilla y las pretendidas perturbaciones. Algunos niños fueron puestos para cuidar los caballos cuando eran atados en aquel lugar; pero de ordinario tenían mucho miedo de quedarse, y algunos llegaron á decir que habían visto negros espectros dando vueltas por la vencida. Esto debía ser naturalmente efecto del miedo, y así se creyó pero los padres comenzaron á tener escrúpulos de llevar á sus hijos al cementerio.

Como la excitación aumentase, quejas renovadas sobre el particular llegaron al Consistorio, y una averiguación del hecho fue propuesta. Los propietarios de la capilla la objetaron al principio tratando la materia como una burla ó escándalo inventado por sus enemigos. Pero aun cuando examinaron con cuidado el suelo de la bóveda para asegurarse que nadie había entrado por debajo, no pudieron encontrar nada que confirmase sus sospechas. El barón de Guldenstubbé, presidente del Consistorio, visitó privadamente la bóveda con dos miembros de la familia, y encontró los féretros en el mismo desorden. Entonces, finalmente, y después de haber puesto las cosas en su orden, la familia consintió en que se hiciese una investigación oficial.

Las personas encargadas de tal investigación, fueron, el barón de Guldenstubbé, como presidente y el obispo de la provincia, como vicepresidente del Consistorio; otros dos miembros del mismo cuerpo; un médico llamado Luce; y por parte de la magistratura de la ciudad, el burgomaestre llamado Schusidt, uno de los síndicos y un secretario.

Todos procedieron en cuerpo á instituir un examen cuidadoso de la bóveda. Todos los féretros depositados, con excepción de tres, se encontraron esta vez desalojados. De los tres que formaban la excepción, uno contenía los restos de una abuela

del entonces jefe de la familia, que había muerto hacía más ó menos cinco años; y los otros dos eran de niños. La abuela había sido reverenciada durante su vida casi como una santa por su gran piedad y hechos constantes de caridad y benevolencia.

La primera suposición que se presentó por sí misma al descubrir el estado de las cosas fue que los ladrones habían trastornado todo aquello en busca de botín. La bóveda de la capilla adjunta había sido forzada algún tiempo antes y el rico terciopelo y las franjas de oro que embellecían los féretros habían sido cortadas y robadas. Pero el más sólido examen no alcanzó á suministrar fundamentos en que apoyar semejante suposición en el presente caso. Los ornamentos de los féretros se encontraron intactos. La comisión ordenó que algunos fuesen abiertos con el fin de asegurarse si los anillos ó otros artículos de joyería con que era costumbre adornar los cadáveres, algunos de los cuales eran de valor considerable, habían sido sustraídos. Ninguna indicación de tal cosa apareció. Uno ó dos de los cuerpos estaban reducidos á polvo; pero las joyas que se sabía formaban parte del aparato funeral aparecieron allí en el fondo de los féretros.

Luego ocurrió á la comisión como posible, la idea de que algunos enemigos de la familia Buxhoeudewen, ricos tal vez, y resueltos á molestarles podían haber hecho construir un pasaje subterráneo, cuya entrada estuviese distante y oculta como para evitar el ser descubierta; y el pasaje mismo pasaría debajo de los fundamentos del edificio y se abriría en la bóveda. Esto daba una explicación suficiente del desorden de los féretros y de los ruidos oídos de afuera.

Para aclarar el punto, ellos se procuraron unos trabajadores que levantaron el pavimento de la bóveda y examinaron con cuidado los fundamentos de la capilla: pero sin resultado. Ninguna entrada secreta se encontró á pesar de un minucioso examen.

Nada quedaba por hacer sino colocar las cosas en su debido orden, tomando nota exacta de la posición de los féretros, y adoptar precauciones especiales para poner en claro cualquiera intrusión futura. Esto fue hecho. Ambas puertas, la interior y la exterior, después de bien cerradas, fueron doblemente selladas, con el sello oficial del Consistorio, y con el que llevaba las armas de la ciudad. Una capa de ceniza muy fina, fue extendida por todo el pavimento de la bóveda, por el de las escaleras que conducían á la capilla, y por el de esta misma capilla. Finalmente algunos centinelas escogidos entre la guarnición de la ciudad fueron puestos por tres días con sus noches, para vigilar el edificio e impedir que nadie se aproximase. Estos centinelas eran relevados á cortos intervalos.

Al terminar los tres días, la comisión volvió á comprobar el resultado. Ambas puertas se encontraron firmemente cerradas y los sellos intactos. Los miembros de la comisión entraron. La capa de ceniza presentaba una superficie uniforme, no interrumpida. Ni en la capilla, ni en la escalera que conducía á la bóveda, había señal alguna de huellas humanas ni de animales. La bóveda estaba bien iluminada desde la capilla como para que todos los objetos fuesen distintamente visibles. Todos bajaron. Con el corazón palpitante vieron el espectáculo que se les ofrecía. No solamente todos los féretros, con las mismas tres excepciones, estaban desalojados, y aglomerados en confusión, sino que muchos, á pesar de ser muy pesados, habían sido invertidos de modo que la cabeza de los cadáveres quedaba hacia abajo. No era esto todo. La tapa de un féretro había sido levantada parcialmente, y por allí se proyectaba el descarnado brazo derecho del cadáver que contenía, mostrando hasta más arriba del codo. La cara palmar del antebrazo estaba vuelta hacia arriba, al techo de la bóveda.

Pasada la primera impresión, procedió la comisión á tomar nota detallada de las circunstancias presentes.

Ninguna traza de huella humana fue descubierta en la bóveda, no más que en la escalera ó en la capilla. No había el menor indicio de violación. Una segunda inquisición verificó el hecho de que ni los ornamentos externos de los féretros, ni los artículos de joyería con los cuales habían sido decorados algunos de los cadáveres habían sido sustraídos. Todo estaba en desorden pero todo estaba allí.

Aproximáronse con emoción al féretro de donde salía el brazo, y reconocieron con espanto que era el en que habían sido colocados los restos de un miembro de la familia Buxhoeudewen que se había suicidado. El asunto había sido acallado en su tiempo por la influencia de la familia; y el suicida había sido sepultado con las ceremonias ordinarias; pero el hecho fue diafanizado y conocido de todo el mundo en la isla; se supo que se halló degollado y con una navaja de afeitar ensangrentada



ADAN y EVA. — Bosquejo para un cuadro por Kaulbach

en la mano derecha, la misma que estaba ahora afuera, á la vista de todos, por debajo de la tapa del féretro; un horrible recuerdo, parecía, del hecho criminal que había introducido en el otro mundo, al hombre infeliz que aún no había sido llamado.

Una relación oficial en que se exponía el estado de la bóveda y el de la capilla cuando la comisión puso los sellos sobre las puertas, en que se afirmaba el hecho de que los sellos fueron después encontrados intactos y la capa de ceniza uniformes, y finalmente en que se detallaba la condición de las cosas como aparecieron cuando la comisión revisó la capilla al fin de los tres días, fué hecha por el barón de Guldenstubbé, como presidente, y firmada por él mismo, por el obispo, el burgomaestre, el médico, y los otros miembros de la comisión como testigos. Este documento, guardado como recuerdo con otros procesos del Consistorio, se encuentra

en su archivo y puede ser examinado por los viajeros, respetablemente recomendados, ocurriendo al Secretario.

La impresión que este acontecimiento extraordinario produjo sobre el Doctor Luce, testigo de tales maravillas, fué tal que trajo un cambio radical en su credo. Era un hombre ilustrado, distinguido en su profesión, familiarizado con las ciencias de la botánica, la mineralogía, la geología, autor de varias obras de reputación sobre estas materias, estaba empapado en las doctrinas materialistas que prevalecían entonces; especialmente entre los hombres científicos, por todo el continente europeo; y las retuvo como propias hasta el momento en que, en la bóveda de los Buxhoeudens, se convenció de que existen poderes ultramundanos tanto como terrestres, y de que no es éste nuestro estado final de existencia.

Las perturbaciones continuaron por varios me-

ses después de la investigación. La familia con el propósito de ver si se libertaba de semejantes desagrados, resolvió probar el efecto que traería el enterramiento de los féretros. El expediente tuvo éxito. Desde aquella hora no se oyeron más ruidos: los caballos pudieron ser atados sin peligro en la vecindad; y los habitantes, recobrándose de su alarma, frecuentaron con sus niños, como lo hacían antes, su paseo favorito. Solo quedó la memoria de las pasadas ocurrencias, para desvanecerse al morir la presente generación, y ser reputadas, tal vez, por la siguiente como una frívola leyenda de lo increíble. (1)

R. VILLAVICENCIO.

(1) Tomado del libro *Footfalls on the boundary of another world*, por Mr. Robert Dale Owen, quien tuvo la narración de estos sucesos en París, de boca de una hija del Barón de Guldenstubbé, y fueron confirmados por el hijo mayor del mismo.



Banda particular de la cual es Director el señor Carlos Nohle



MORICHAL MONAGAS. — Maturín



EDIFICIO DEL BANCO DE VENEZUELA. — Caracas

LOS EXPLOSIVOS

I

Formidable es el epígrafe de este artículo: formidable y aterrador.

Los lectores huirán espantados de materia tan peligrosa: imaginarán que cada letra es un cartucho de dinamita, cada signo ortográfico un fulminante y cada explicación técnica una propaganda anarquista; y en suma, pensará que bien hubiera podido escogerse asunto más simpático y más benéfico.

Podrá ser, pero con todos estos inconvenientes, el artículo que me propongo escribir es de indiscutible utilidad.

Los explosivos están á la orden del día en las Cámaras, al desorden de las noches en los teatros; pesan como amenaza sobre toda la burguesía, sin respetar al pobre obrero si le encuentran al paso, y no hay persona que no se ocupe de dinamitas, nitroglicerinas, panclastinas y fulminantes.

Por lo demás, hay una confusión espantosa en las ideas.

A la igualdad ante la ley ha seguido la igualdad ante la explosión.

La química se hace sospechosa y antipática: todo químico es pariente más ó menos lejano de un anarquista.

Los cuerpos esféricos del tamaño de una narana ó de una manzana y de color oscuro se han convertido en espantables esfinges, con las entrañas llenas de muertes y horrores: porque ¿quién prueba que una esfera de esta clase no está llena de pólvora clorurada, de dinamita *tachonada de tachuelas*, ó de alguna otra combinación más infernal?

Todo el que lleva capa, puede llevar una bomba: es un ser peligroso.

Todo el que usa gabán ancho inspira recelo y se hace acreedor á la más severa vigilancia.

Al que se le caiga algo en la calle ó en un teatro, que no se baje á buscarlo, porque los que le rodean pensarán que está colocando un cartucho, ó por lo menos un petardo.

No hay persona decente que no pueda ser sospechosa en un momento de pánico.

Ni hay bandido, ladrón ó estafador que no pueda ennoblecarse con la dinamita. Pasa de presidiario á héroe con la rapidez y la fuerza de un estallido.

Los explosivos todo lo revuelven, mezclan y confunden: ponen lo de arriba abajo y lo de abajo á cuatro kilómetros de distancia. Y es natural, para eso es la explosión.

Ni de los explosivos se puede hablar con orden y con método, hay que hablar como se pueda, como ocurra, como vayan estallando las ideas.

Y es que, como decíamos antes, los modernos explosivos han venido á trastornar todo: las ideas y las cosas y las relaciones sociales.

El último miserable en el último pudriadero social tiene en jaque á la sociedad entera, como si una horda de bárbaros asomasesen sus cabezas monstruosos por encima de las fronteras. De suerte que los últimos vienen á ser los primeros, si no por el poder por el terror.

Hasta aquí el genio del mal fué el más débil: hoy, gracias á la dinamita, es, ó parece ser, el más fuerte. Satán se ha hecho dinamitero y se hombrea con Dios, y amenaza su obra.

La ciencia era el bien supremo, ¡quién podía renegar de ella que no fuera un insensato!

Saber mucho, conocer los secretos de la naturaleza, hacer progresar á la humanidad eran aspiraciones nobilísimas, y hoy se preguntan algunos: ¿pero todo esto no es una ilusión? ¿De qué sirve haberle robado á la naturaleza los secretos de sus explosivos?

De vivir perpetuamente sobre un volcán, de que una ciudad entera se destruya porque un imprudente arrojó un fósforo sin apagar.

De hacer á los criminales más poderosos que toda una sociedad de hombres honrados y más poderosos que los gobiernos más energéticos.

¡Conocer los secretos de la química! ¿Para qué, para fabricar la nitroglicerina? ¿para poner al alcance y en las manos de un loco, que una mañana se despierta con el acceso, la vida de miles de familias?

¡Famoso secreto saber que la humanidad está á merced del más abyecto, del más perverso, del más desesperado, del más demente!

¡Soberbia solidaridad humana la de la dinamita!

¡Admirable fraternidad la de la panclastina!

Y así, el pesimismo más negro y más brutal triunfa, y el sueño de Hartmann empieza á realizarce siquiera sea modestamente.

El derecho individual absoluto que hemos defendido con tanto amor, con entusiasmo tan grande, con fe tan viva y esperanzas tan risueñas,

se detiene asustado ante el derecho imprescriptible de la explosión, y los partidos conservadores preguntan: ¿al menos para este caso no podrán emplearse medidas y sistemas preventivos? ¡Porque después de haber volado todo el mundo, la represión no es muy eficaz!

Y todo el mundo teme y duda y vacila, y el nihilismo del Norte ríe á carcajadas sobre su vieja lata de petróleo, hoy más inocente que el agua de rosas ó la miel de la Alcarria!

Ilustrar á las masas fué, durante muchos años, el eterno programa de los partidos democráticos para ayudarlas á su definitiva redención, que si la del alma se hizo, la del cuerpo con sus hambres, sus ignorancias y sus desnudeces estaba, por hacer, según decían los socialistas.

¡Ilustrar á las masas!—dicen hoy muchos de los antiguos liberales—pues ya se van ilustrando, sólo que han empezado su enseñanza por la química de los explosivos, y es probable que todos nos quedemos en este primer capítulo de la ciencia moderna.

Y como elemento poderoso de ilustración es la propaganda de la ciencia.

Hacérala descender de sus aristocráticas alturas, despojarla de fórmulas y de algoritmos, darle forma popular y comprensible, y hermanarla en sublime fraternidad de lo más alto y de lo más humilde con el sentido común.

Que el pensamiento admirable que llenó de resplandores la mente de Newton, de Galileo, de Laplace, de Fresnel, de Lagrange, de Lavoisier, de Meyer, de Carnot, de los grandes físicos y químicos ingleses y alemanes se convierta en luz modesta, pero clara y hermosa, como el sol se ha hecho lámpara de incandescencia, para iluminar el pobre cerebro del jornalero en sus humildes veladas; y que de este modo la verdad divina, que en la naturaleza circula y en la ciencia se cuaja, llegue á todas las capas sociales ennobleciéndolas y elevándolas, fué aspiración de cuantos sabios no se endiosan y de cuantos aman á los que sufren hambre de pan y de verdad, sed de agua y de hermosura.

Pues ya va siendo la propaganda científica una torpeza, cuando no una imprudencia, cuando no un crimen.

ENSEÑAR que en la naturaleza existen grandes fuerzas, es enseñar acaso que pueden emplearse en el mal. Es entregar un revólver á un démente ó un puñal á un asesino.

Explicar lo que son las materias explosivas, ¿no es dar una receta al primer anarquista que sienta ansias de destrucción?

¿Pues que se hace de la ciencia? ¿Ha de quedar envuelta en el misterio? En pleno siglo XIX hemos de volver al Egipto de los Faraones y los Ptolomeos?

¿En las sombras del templo ha de apilarse toda la ciencia moderna? Porque no hay verdad que no pueda convertirse en arma tremenda y en elemento de destrucción: ni ley de mecánica, de física ó de química que no pueda utilizar con ingenio diabólico el constructor de bombas, y ejemplos pudiéramos citar si la prudencia no nos lo impidiese.

Desde la inofensiva, al parecer, ley de la capilaridad, hasta la reacción de la termoquímica más vulgarizada en obras elementales y en manuales, todo ha servido al dinamitero para sus infernales inventos y sus sangrientas empresas.

Ellos tienen sus sabios prácticos, y sus inventores ingeniosísimos, y sus recetas misteriosas. De modo que todo está en jaque y en tela de juicio ante el pavor universal.

Los triunfos del derecho moderno, la obra entera de la democracia, la ciencia de arriba y la modesta pero humildísima ciencia de propaganda.

¿Cuál es el mayor triunfo del genio moderno?

¿Qué sintetiza el progreso de nuestra época en el orden material y aun en el orden moral, como demostraré más adelante? Este principio.

Que existen en la naturaleza grandes fuerzas, fuerzas gigantescas, que el hombre puede dirigir con esfuerzo pequeño y hacer que entren en acción cuando su voluntad lo determine.

Pues este gran triunfo es un gran peligro, una amenaza de destrucción y de muerte. Porque si esas grandes fuerzas se popularizan, se facilitan, están, en suma, al alcance de todo el mundo, al alcance pueden estar de un demente, de un fanático, de un desesperado ó de un perverso. Y entonces ¡qué catástrofes!

¿Hay que renegar de la ciencia? ¿Hay que renunciar á descubrir los misterios de la naturaleza porque sean peligrosos? ¿Hay que secuestrar la verdad y reservarla para los iniciados, nuevo sacerdocio de nuevos templos con sus modernas esfinges y sus modernos obeliscos?

Ello es que las maravillas de la física y de la química al bajar de los gabinetes del sabio á los otros dinamiteros traen consigo, no sólo el temor, sino la duda sobre muchas cosas, y estas es una catástrofe quizá más honda que todas las catástrofes materiales de la dinamita.

Hay descubrimientos curiosos, descubrimientos sublimes, descubrimientos formidables, y hasta aquí todos ellos habían quedado en poder de los elementos sanos de la sociedad.

Y he aquí que de pronto los descubrimientos más formidables, que, por singular coincidencia y hablando en general, son los más sencillos, vienen á quedar en poder de todo el mundo y al alcance por decirlo así, de la desesperación, de la maldad y del fanatismo.

La química del progreso resulta difícil y complicada: hay que estudiarla durante muchos años.

La química de la destrucción resulta de una sensación desoladora: en pocas horas se aprende.

Y así se amontonan dudas, temores y problemas ante los modernos explosivos, y es difícil en estos instantes discutir con calma y con juicio ante el pavor universal. Porque todo el mundo teme ser la víctima y no hay razón para que nadie deje de serlo.

Hasta este novísimo fin de siglo en toda amenaza social la víctima ó las víctimas estaban señaladas de antemano. Eran monarcas, reyes y emperadores, ante el tercer estado. Era un partido político ó una secta religiosa ante otros partidos ó otras sectas. Eran los ricos ante los pobres, el patrono ante el obrero, un círculo social ante otro ó ante la masa restante.

Pero hoy todos somos víctimas posibles: desde el rey al mendigo, la aristocracia como la clase media, como el humilde jornalero, de una parte, todo el mundo sin distinción de sexos, ni de edad, ni de posición, ni de riqueza; de otra parte, un hombre con una bomba explosiva.

Una lotería de muerte en que todos hemos tomado algún décimo la lotería de la dinamita. Todos jugamos, ¿á quién le tocará?

Y aunque el número de jugadores se cuenta por millones y las víctimas por docenas, el pavor exagerado desmesuradamente la probabilidad.

Procuremos tener calma: sin desconocer el peligro, ni dar poca importancia al síntoma, no exageremos aquél ni creamos que es éste señal segura de enfermedad incurable.

Hay una cosa que me infunde más miedo que la dinamita, y es el miedo á la dinamita; porque este sí que es peligro enorme y síntoma mortal.

Sociedades con miedo son sociedades ciegas y sin conciencia de su deber.

Hombre con miedo no es hombre: sociedad con miedo es rebaño.

Estudiemos poco á poco todo esto, desde el aspecto técnico al aspecto social.

Es decir, si nos queda tiempo para ello.

JOSÉ ECHEGARAY.

EL ANARQUISMO Y LA DEFENSA SOCIAL [1]

La lucha está entablada á muerte ó vida, y es preciso aceptarla sin vacilaciones, con el valor sereno y reflexivo del que conoce y sabe que la victoria ha de ser suya. ¡Nada de aplazamientos contraproducentes! ¡Nada de paliativos que retrasen un mes, un año, ó diez, la hora suprema! Es ya ocasión de que pensemos seriamente en los dinamiteros y en sus bombas, y resolvamos cuáles armas conviene utilizar para combatirlos, y ejecutemos lo resuelto con firmeza hasta extirpar el cáncer que corro, la mala hierba que germina y se extiende á nuestros ojos como protesta airada de la muerte contra el afán creador de la Naturaleza y de la vida.

El derecho al trabajo, en cuanto representa el derecho á vivir que es el primero y principal de todos; la situación infeliz de las últimas capas sociales; las injusticias y los privilegios que las leyes censitan ó sancionan; la fijación del mínimo salario y la distribución equitativa de los beneficios entre el capital y el trabajo, esos dos compañeros inseparables, y que, además debieran ser cordialísimos en la febril labor de nuestra edad civilizada y laboriosa, cuestiones son interesantes, para muy meditadas y discutidas, que de parte de todos piden algo de abnegación y desinterés, que necesitan ser resueltas y lo serán, pese á quien pese, con ayuda del tiempo y de los hombres de buena voluntad y sano juicio.

El credo socialista—despojado de odios y prevenções injustificadas y de exageraciones peligrosas y impracticables—ha comenzado ya á influir en la transformación de las legislaciones, é influirá más aún, determinando cambios de verdadera y trascendental importancia: es muy grande el poder de las ideas, sobre todo si ofrecen nuevas soluciones á problemas que siempre están delante de nuestro pensamiento, ó vienen

[1] Las teorías anarquistas pueden estudiarse en el interesante libro *La Conquista del pan*, por el Príncipe Pedro Kropotkin.—Edición española.



PLAZA DE SAN JUAN Y ESTATUA DE ZAMORA. — Caracas

á satisfacer necesidades cada vez más patentes y más ciertas.

Pero es preciso distinguir de ese ansia de mejora, connatural á la existencia humana; de esa reclamación, energica y viril, en que millares de gargantas se unen para llamar nuestra atención y hacer que convirtamos los ojos hacia sus desdichas, necesitadas de remedio urgente; de esa ola formidable que al rodar sobre el mundo sólo aspira á entrar en el santuario del Derecho y pretende ampararse con la Justicia, este otro empeño criminal, demoledor y absurdo, que representa el anarquismo, negación constante, instinto destructor, sed de exterminio, que no se satisface nunca.

Y el anarquismo no puede triunfar, porque en la vida jamás triunfaron las negaciones ni jamás consiguieron las violencias que el sol de la verdad se hundiese para siempre en los abismos de una noche eterna. La naturaleza se complace en crear, no en destruir; el tiempo, si derrumba en el pasado leyes, instituciones y creencias, sin cesar labra y acumula nuevos conocimientos, edifica y produce como obrero incansable del progreso humano; y adondequiera que volvamos los ojos, en la lucha empeñada desde que el mundo es mundo por el instinto creador, que todo lo fecunda, y en todas partes deja gérmenes de vida, contra la muerte, lóbrega y estéril, contra el genio del mal, ansioso de destruir, siempre hallaremos á éstos vencidos.

Yo, que en materia de justicia pienso que á la

justicia toca defender los intereses sociales amenazados, y en materia de penas tengo por mejor la que asegura más el público sosiego, la que mejor reduce al grupo criminal á la impotencia, creo que, obrando y pensando con sereno juicio, el anarquismo puede combatirse con facilidad relativa, sin que la sangre corra á ríos, como algunos entienden que correr debe, sin que la dinamita sirva para vengar, como sirvió para ofender, sin que al bárbaro ultraje de los anarquistas haya de responder la sociedad con el talón.

Y cuéntese, que no me opongo á que se le aplique en ciertos casos la última pena, como no me opondría á que se ahorrase á todo aquél que comulgara en esa religión de criminales, si entendiera que ahorrando se lograban más resultados prácticos y positivos que de cualquier otra manera. La sociedad es organismo al cabo, que, como todos, tiene indiscutible derecho á la vida; la represión que haya de emplearse contra los atentados que pongan en peligro su existencia, puede y debe llegar hasta el límite mismo que determine la necesidad. La pena es, ante todo y sobre todo, antes que corrección del criminal, antes que ecuación justa ó imposible entre el dolor causado con el delito y el dolor que se sufre mediante el castigo, defensa necesaria de la sociedad contra los elementos perturbadores que la hacen víctima de sus ataques, y la defensa no está limitada por otras consideraciones que las que arrancan del acontecimiento mismo, autoriza á matar, cuando es preciso que se mate para asegurar la vida.

Yo me propongo demostrar, sin embargo, que

pueden esgrimirse contra el anarquismo armas menos terribles y más eficaces que la llamada última pena.

No nos hagamos ilusiones; en el supuesto de que nos decidieramos por el procedimiento más radical, y aun aparentemente más sencillo, para concluir con los anarquistas, la pena de muerte debiera aplicarse á todos, absolutamente á todos los que lo fueran; al que arrojó la bomba, y al que la fabricó, y al que escuchó con alegría el estallido ó sintió en su alma regocijos de fiera al conocer el número de víctimas de la explosión; al anarquista que perora en el *meeting* con descompuestos ademanes, los nervios en tensión, relampagueante la mirada, y al que hace propaganda en la taberna, poniendo al servicio de su causa las inspiraciones del alcohol; al que en su vida toda no realizó otra mala acción que la de haberse inscrito, acaso sin perfecta conciencia de lo que hacía, en las listas del grupo, y al miserable que tiene muchos puntos negros en su historia y se abrazó á la idea para llevarla por delante de sus acciones, justificando robos y encubriendo violencias.

Y la pena de muerte no se aplica con la facilidad que el vulgo de las gentes cree en parecida forma.

Su imposición exige extraordinarias garantías de acierto, que, al no poder lograrse en buena parte de los procesos incoados, darán lugar a numerosas y desdichadísimas absoluciones. A ser el riesgo igual é igual la pena para el anarquista platónico y el anarquista de acción, sucederían los atentados con mayor frecuencia, porque es

ya cosa averiguada que las penas graves, impuestas de igual modo á todos los delitos, sólo consiguen aumentar la cifra de los grandes crímenes. La muerte rodearía con la aureola del martirio á los que deben ser por todos considerados como criminales, y acaso, acaso en la imaginación calenturienta de los seres nacidos y criados en la desgracia, repercutiese con llamas de odio y salvajes impulsos de destrucción. La misma sociedad sintiera un estremecimiento horrible al contemplar el espectáculo de ciento 6 mil patibulos levantados á un tiempo para arrancar de cuajo toda la mala hierba. ¡Ah, la pena de muerte! ¡Gran remedio si fuera dado penetrar en el secreto de las intenciones ó leer el porvenir en la mirada de los acusados, para aplicarla á todos los rebeldes y á todos los perturbadores! ¡Radical selección para que el mundo mejorase reduciendo al no ser á los incorregibles que entorpecen su marcha! Mas, en lo que interesa para nuestro tema, ya he dicho lo que pienso; como hoy se aplica, no es bastante; aplicarla de modo que imposibilite la comisión de nuevos atentados, es punto menos que imposible.

El remedio ó castigo que yo propongo para combatir al anarquismo, tiene sobre esa última pena muchas ventajas, y no son las menores, el indudable apoyo que encontraría en la opinión pública y la dulzura relativa con que mediante él fueran tratados los que cifran su gloria y sus esfuerzos en la destrucción de cuanto existe. Sería, además, un interesantísimo estudio de psicología y sociología experimental, que á todos, los de arriba y los de abajo, bien pudiera enseñarnos alguna cosa de importancia suma.

El ideal del anarquista consiste en convertir la sociedad en una tabla rasa, suprimiéndolo todo, porque todo estorba al perfeccionamiento humano. Familia, propiedad, religión, patria, son entidades ficticias, sombras sin consistencia, invenciones infames, que nos sujetan y nos ligan, imposibilitando ó dificultando el desenvolvimiento libre de nuestras facultades. Si consiguéramos que ellos viviesen á gusto suyo, quedándonos nosotros con nuestros errores, el problema *ipso facto*, quedaría, debía quedar al meneo, solucionado y resuelto á gusto de todos. Yo no diré que sea posible llegar á tanto, mas sí lo es aproximarse á ese ideal; y ya que algún reparo pudieramos hacer los anarquistas, que la solución fuese á gusto nuestro y sin quebranto suyo de importancia.

Y bien, he aquí la solución. Sin perjuicio de ahorcar á todo aquel que de alguna manera interviniese en la preparación ó comisión de un atentado, podría elegirse algún paraje de Oceanía, bien alejado de las islas civilizadas, y libre de comunicación con ellas mismas y con América y Europa. En tal región podrían quedar completamente abandonados á sus iniciativas y á sus instintos, cuantos anarquistas existieran, con sus mujeres ó sus queridas, sin fuerza pública que contuviera sus posibles disturbios, ni autoridades que vigilaran sus hechos, ni, en fin, leyes capaces de obligar y compeler con un mandato ni un castigo.

Un proceso sumarísimo determinaría si era anarquista ó no lo era el acusado. Resuelta afirmativamente la cuestión, las autoridades se encargarían de conducirle con todo género de precauciones hasta el punto de embarque, en que podrían unirsele la mujer ó la amante que quisieran sufrir la misma suerte que él; nunca los hijos, cuya alimentación y educación deben correr á cargo del Estado, a falta de asociaciones especiales que se formasen con tal objeto por virtud de la iniciativa privada.

En el momento de desembarcar, se entregará al condenado aquellos útiles más necesarios y de mejor aplicación para poder vivir en el territorio elegido, algunas semillas capaces de fructificar bajo la influencia de aquél clima, y algún alimento también, á los primeros que llegasen, para poder vivir unas semanas sin obtenerlo, con su propio esfuerzo, de la naturaleza. Y esto es todo: el buque volvería á nuestras costas libre del cargamento que condujera, y allá, en medio del mar, abandonados á sus iniciativas y á sus esfuerzos, quedarían para siempre los rebeldes con sus ideales realizados, con su primer empeño ya cumplido, ¡sin Dios, sin propiedad, sin patria y sin familia! ¡Y á crear y á trabajar entonces! ¡A vivir á sus anchas, sin capital que explote, ni instituciones sociales que dificulten las libres determinaciones individuales! La mejor propaganda, la única posible, ¡á hacerla desde allí!, mostrando á Europa entera, cuando pasados quince ó veinte años enviese un nuevo buque á visitarlos y adquirir noticias de su conducta y sus progresos, el bello *pais de la anarquía* como modelo digno de ser copiado!

Las ventajas del sistema que propongo parecenme tan evidentes, que casi no necesitan ser enumeradas. La eliminación de los elementos peligrosos se verifica ni más ni menos que si se aplicara la pena de muerte en grande escala; porque no es la vida del criminal lo que estorba y preocupa, sino su convivencia con los hombres honrados, y no es la muerte misma lo que excluye el peligro, sino el apartamiento de la sociedad. Muerte social ó muerte física, lo mismo llenan nuestro objeto. Y la muerte social, me atrevo á sostener que causa aún mayores beneficios; porque en el criminal es necesario que consideremos, no tan sólo su propia maldad, sino el foco permanente de maldades que imitativamente se propagan en torno suyo, y este foco no se extingue tan fácilmente con la horca como con la deportación; el patíbulo provoca y determina compasión en muchos, convierte en mártir de una idea al que debiera ser tenido por criminal vulgar, es manantial inagotable de admiración cuando se aplica á los que quieren pasar por redentores, que inundan muchas almas y tuercen muchas voluntades. Esta deportación y ese abandono fueran bastantes para arrojar sobre los condenados la indiferencia pública, y arrebatarles el papel de héroes que tanto empeño muestran en representar.

Además, del ensayo anarquista resultaría una de estas tres cosas necesariamente:

1º Que los deportados (y este es el caso más probable á mi juicio) no se entendieran y se destrozaran los unos á los otros, demostrando al mundo sus instintos salvajes. Con ello no iríamos perdiendo nada; antes por el contrario, ganaríase el consiguiente descrédito para sus ideas si, experimentalmente, resultaban impracticables y buenas sólo para convertirnos á los hombres en fieras.

2º Aun cuando tengo por imposible que el sistema anarquista pudiese llegar á producir nada bueno, no veo inconveniente en admitir, hipotéticamente, que, organizados según credo, se vieran realizadas sus profecías y el país aquél trocarse en paraíso lleno de bienandanza y de venturas. Pues bien; aun así y todo, la enseñanza resultaría provechosa para los *reaccionarios* de por acá; la experimentación, al otorgarles el triunfo á los dinamiteros, nos sacaría á nosotros mismos del error en que estamos, y ese régimen nuevo surgiría como enseña feliz de amor y paz en todo el Universo.

3º Que la falta de incentivos y de ocasiones amortiguase sus impulsos, y el cambio radical de medio determinara radicales mudanzas de conducta: tampoco tengo tal suceso por imposible, y bien pudiera ser que la necesidad lograra convencerles de sus extravíos, y que les viéramos al poco tiempo organizados bajo el mismo patrón de los Estados europeos, imponiendo castigos á los que de entre ellos mismos surgirían, escarmientados y curados de los errores que llenaban completamente sus inteligencias, y de la pasión ciega y sanguinaria que dominaba sus voluntades; con Dios y con familia para endulzar las horas de amargura; con propiedad lograda como premio al esfuerzo de sus brazos, y con dos patrias en vez de una, la antigua, aquella que les malcrió, cuyo cariño sentirían con las nostalgias del bien perdido por la propia culpa, y la nueva, el ísote hospitalario que recogió del barco, sin hundirse en los mares, aquel montón de escoria que arrojó lejos de ella la humanidad civilizada. Si sucediera tal, conseguiríamos dos cosas á cual mejores: la curación de los extravíados y la muerte completa de su doctrina.

Dicho se está que en tanto que el ensayo durase, la tranquilidad nuestra se alteraría difícilmente, teniendo á mano el medio de evitar peligros, siempre abierto el camino para librarnos de criminales, locos y fanáticos.

CÉSAR SILÍO.

NUESTROS GRABADOS

Don Juan Bautista Dalla Costa

Apartado años há de la política, en la que prestó importantísimos servicios, resucitaba á la vida pública el señor DALLA COSTA, con el nombramiento recaído en él para Senador por Bolívar, cuando le ha sorprendido la muerte.

La noticia se difundió primero al Estado y luego á toda la República, produciendo dolorosa sorpresa. Se han recordado los méritos eximios del finado; se han decretado honores á su memoria; y como síntesis de la estima en que se le tenía en Bolívar, están estas líneas de su Asamblea Legislativa, disponiendo el duelo oficial: "Entre los servicios prestados por tan egregio republicano, se cuentan el haber profesado, como Magistrado y como ciudadano, profundo respeto á las leyes, decidida protección á las

letras y á las artes, y acendrado amor á su suelo natal."

Qué hermoso epitafio para la tumba de un hombre público! Y cómo recomiendan esas palabras la ilustración y patriotismo de quien se hizo acreedor á merecerlas!

Con inteligencia y celo encomiables desempeñó elevados puestos el señor DALLA COSTA. Su memoria está unida á época floreciente del Estado y á actos de revisión de nuestras deudas que fueron provechosos á la República.

El Cojo ILUSTRADO se honra reproduciendo el retrato de tan eminente personaje, desaparecido de la escena de la vida cuando aún la patria reclamaba el auxilio de sus luces.

W. Nephew King Jr.

En la página 84 publicamos el retrato de este caballero, corresponsal del *New York World* y *Harper's Weekly*.

Se hizo notable en la última revolución tomando vistas fotográficas en los campamentos para enviarlas á su país junto con los datos referentes á la causa legalista, por lo cual después del triunfo del General Crespo le concedió el Gobierno el busto del Libertador.

El señor King es oficial de la marina de guerra americana y periodista aventajado.

Contribuyó con sus escritos referentes á la marina de su país á que el Congreso decretase la construcción de la magnífica y poderosa escuadra que hoy poseen los Estados Unidos.

Actualmente se encuentra en Caracas sirviendo de corresponsal á la prensa norte-americana.

El Cojo ILUSTRADO le saluda atentamente.

Señora Elisa Bassi.—(Primera tiple dramática)

Es otra de las damas contratadas por Antón para la actual temporada de ópera en el Teatro Municipal. Acogida con benevolencia por el público, nos complace contar su retrato entre los que publicaremos del personal de la Compañía.

Don Rafael de la Cova

Referimos al lector á los rasgos biográficos que ha escrito de este compatriota nuestro colaborador el señor Méndez y Mendoza.

Monichal "Monagas", de Maturín

Entre las riquezas naturales del antiguo Estado Maturín, hoy Sección del mismo nombre en el Estado Bermúdez, la palma denominada "moniche" es de las que están en mayor abundancia esperando explotación inteligente. No se dá uno idea de lo que son los monichales, que ocupan una buena parte del territorio; de lo que pueden producir, utilizados por la industria.

La vista del monichal "Monagas" es un débil testimonio de referencia, para los que no conocen la extensa multiplicidad de esa clase de planta.

Banda particular de Maturín

En ninguna de las bellas artes ha producido tantas notabilidades Venezuela, como en la música. Sus artistas músicos han recorrido la Europa y América cosechando aplausos para sí y renombre para la querida patria. Alguno de sus compositores—Lamas—le ha dado fama universal. Es la facultad más desarrollada en los hijos del país, ésa de asimilarse los sonidos hasta en sus más difíciles inflexiones.

Conducir por buen camino tal predisposición natural de los venezolanos, no será jamás empeño infructuoso; y si esto se hace en localidades como Maturín, donde el genio musical ha confirmado con las dotes del buen gusto á artistas de la talla de Núñez, resulta por todo extremo laudable el propósito realizado por el señor Carlos Mohle, director de la banda particular de aquella ciudad.

Plaza San Juan y estatua Zamora

Si queréis saber, los que sois jóvenes, lo que era antigüedad la Plaza de Abril, ocurrida á las tradiciones escritas por el señor Tosta García. Hoy es una bella alameda exornada en su angulo suroeste con la estatua en bronce del táctico militar de Santa Inés; un paseo favorito de la populosa parroquia; un sitio de recreo y espaciamiento, solicitado en las horas de descanso por las personas ocupadas.

Banco de Venezuela

La estrechez y el movimiento comercial de la calle donde está situado este edificio; las dificultades que ofrece á la máquina fotográfica, por hallarse como escondido de la línea de casas inmediatas, nos habían impedido anteriormente dar una vista de su fachada. Ahora lo hacemos, y la que se publica en este número es debida al lápiz del aventajado dibujante señor Abella.

El edificio del Banco de Venezuela fué construido bajo la dirección del entendido arquitecto señor Morales. Ocupa un área regular, y en sus detalles y conjunto es sencillo y grandioso al propio tiempo.

Iglesia de las Mercedes, de Caracas

Al reproducir la vista de este templo, refaccionado ha pocos años en la forma que se encuentra, nos hacemos un deber de justicia recordar las excelentes virtudes del santo sacerdote JACINTO MAGDALENO, cuyas cenizas reposan en el presbiterio de la iglesia. A su tesonera constancia, á su valentía de todos los momentos, á su consagración ejemplar, debió la sociedad católica de Caracas la posesión de ese hermoso edificio. Y no sólo eso. En la época siniestra del cólera, el padre MAGDALENO fué para la azotada ciudad un mensajero de consuelos. Providencia que se hallaba en todas partes, en el hogar del rico como en la choza del pobre, en los barrios aristocráticos como en los suburbios, en los lugares más infectados como en el mismo deodo, prodigando los favores de su caridad evangélica, los de su ministerio, y aun los que la enfermedad reclamaba en pacientes desamparados del calor de todo deudo.

La Primavera

Dichosos días los del florecimiento primaveral! Pueblan los aires desconocidas armonías, susurros de canciones lejanas, de besos y misteriosas confidencias. Se percibe olor á nuevo, á juventud sana y robusta que embriaga deleitando los sentidos.

Así es la vida! Pero qué pronto pasa la edad de los ensueños juveniles, el despertar á los secretos del amor, castamente adivinado, de la somnolencia de la infancia!

Dichosos aquéllos para quienes la estación primaveral puede siquiera renovarse con el ciclo de rejuvenecimiento periódico de la madre Naturaleza!

Adán y Eva—Bosquejo de un cuadro, por Kaulbach

Examinad las notas de ese cuadro; cómo lleva su tardío arrepentimiento el pecado, entre la tentación y el buen consejo.

Y observad luego qué magnífica naturalidad en la expresión de Adán. Ha delinquido, sí, pero es la fuerza y apoya á su desolada compañera brindándose desde ese instante y de por vida á servirle de protección en la desgracia.

Jack el negro, dibujo de Amy

Fáciles de observar son los progresos que ha alcanzado en el dibujo el joven compatriota Amy, residenciado hace algún tiempo en los Estados Unidos del Norte.

En el primer tomo de EL COJO ILUSTRADO publicamos un dibujo de él, ilustrativo de un artículo del Dr. Rojas, y en este número nos satisface dar acogida al que lleva el título de esta nota.

Obelisco del Parque Central, de New York

Objeto de curiosidad y estudio para los que visitan la gran Metrópoli, el obelisco del Parque Central no podía quedar eximido de la colección de vistas que hemos venido publicando del celebrado paseo neoyorkino.

Música

El *Nocturno* que publicamos hoy es un nuevo obsequio que debemos á la señora Isabel P. de Mauri.

UNA CONDESA

Carlos d'Athis, publicista, tiene el honor de participar á Ud. el nacimiento de su hijo Roberto. El recién nacido sigue bien.



JACK. — Dibujo de Amy

Todo el París literario y artístico recibió, hace cosa de diez años, esa esquina impresa sobre papel satinado y con el escudo de armas de los condes de Athis-Mons, de los cuales, el último, Carlos de Athis, había sabido, muy joven aún, conquistarse un nombre de poeta.

«...El recién nacido sigue bien.»

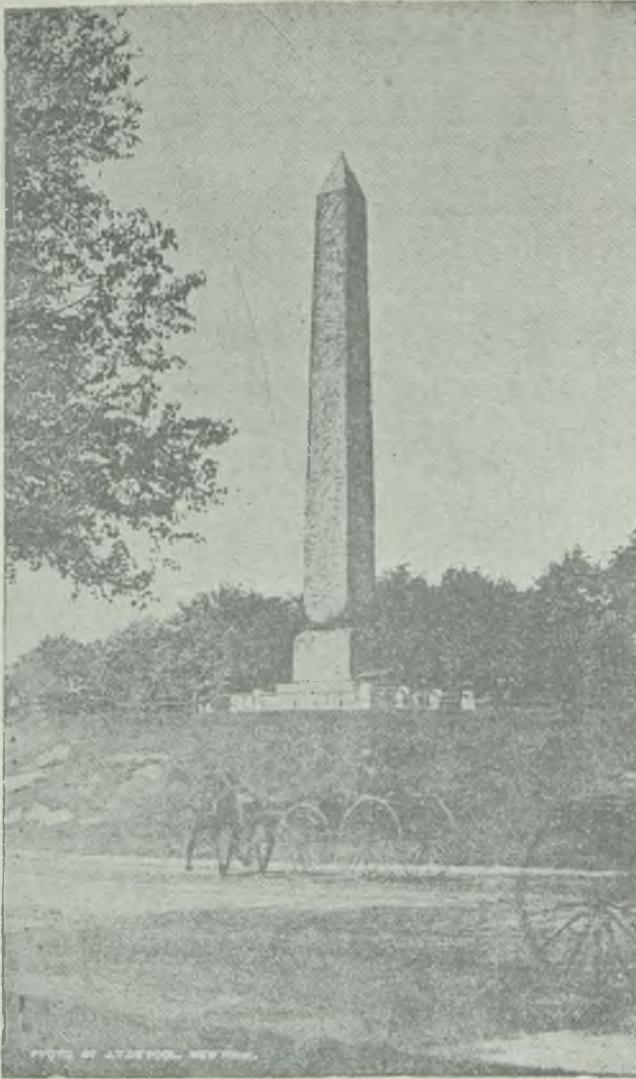
¿Y la madre? ¡Oh! De ella no hablaba la esquina. Todo el mundo la conocía demasiado. Era hija de un antiguo cazador furtivo de Sena y Oise, una antigua modelo que se llamaba Irma Sallé, y cuyo retrato había rodado por todas las Exposiciones, como el original había rodado por todos los estudios. Su frente pequeña, su labio levantado á la antigua, aquella cara de campesina —una guardadora de pavos con facciones griegas —aquel color, un poco tomado, de las muchachas que se crían al aire libre, que da á los cabellos rubios reflejos de seda pálida, daban á aquella chiquilla una especie de originalidad bravía, completada por dos ojos de un color verde magnífico, medio escondidos entre las espesas cejas.

Una noche, después de un baile en la Ópera, Athis se la llevó á cenar, y desde hacía dos años seguía la cena. Pero aun cuando Irma había entrado por completo en la vida del poeta, aquella esquina de dar parte, insolente y aristocrática, demostraba claramente lo poco que en ella significaba.

Y, en efecto, en aquel hogar provisional la

mujer no era más que una ama de llaves, que regentaba la casa del aristócrata poeta, con el cuidado de su doble naturaleza de campesina y de cortesana, esforzándose á cualquier costa por hacerse indispensable. Demasiado rústica y demasiado tonta para comprender nada del genio de Athis, aquellos versos magníficos, refinados y de buen tono que hacían de él una especie de Tennyson parisíense, había sabido, sin embargo, plegarse á todos sus desdenes, á todas sus exigencias, como si en el fondo de aquella naturaleza vulgar hubiera quedado un poco de la admiración humillada de la plebea hacia el aristócrata, de la vasalla hacia el soberano. El nacimiento del niño no hizo más que aumentar su nulidad en la casa.

Cuando la condesa de Athis-Mons, la madre del poeta, mujer distinguida de la mejor sociedad, supo que tenía un nietecito, un vizconde pequeño, debidamente reconocido por el autor de sus días, tuvo deseos de verle y abrazarle. Cierto que para una antigua dama de la reina María Amelia era muy duro pensar que el heredero de aquel título tenía una madre semejante; pero ateniéndose á la fórmula de las esquelas de dar parte, la anciana se olvidó de que tal mujer existía. Escogió para poder ver al niño una nobriza, á cuya casa iba cuando estaba segura de no encontrar á nadie; lo admiró, lo mimó, lo adoptó de corazón é hizo de él su ídolo, ese



OBELISCO DEL PARQUE CENTRAL DE NEW YORK

último amor de las abuelas, que les sirve de pretexto para vivir unos cuantos años más con el fin de ver crecer á sus nietos...

Luego, cuando el vizconde fué un poco mayor y volvió á vivir con su padre y con su madre, como la condesa no podía renunciar á verlo, se hizo un convenio: cuando la abuela tiraba de la campanilla, Irma se escondía silenciosamente, humildemente, ó bien llevaban al niño á casa de su abuela; y mimado por aquellas dos madres, quería á la una tanto como á la otra, admirándose de percibir en las caricias cierta voluntad de exclusión, de acaparamiento.

Athis, entregado por completo á sus versos, á su fama creciente, se contentaba con adorar á su Roberto, con hablar de él á todo el mundo, y con imaginar que el niño era sólo suyo. La ilusión no duró mucho.

—Quisiera verte casado...—le dijo un día su madre.

—Sí... pero el niño...

—No tengas cuidado. He descubierto para tí una joven noble, pobre, que te adora. He hecho que conozca á Roberto, y ya son amigos amigos. Además, el primer año tendré yo al niño conmigo, y después ya veremos.

—¿Y esa... esa mujer?—se atrevió á decir el poeta ruborizándose un poco, porque era la primera vez que hablaba de Irma delante de su madre.

—¡Bah!—respondió la anciana—le daremos una buena dote, y estoy segura que encontrará con quien casarse. Los burgueses de París no son supersticiosos.

Aquella misma noche, Athis, que no había estado nunca muy enamorado de su querida, le

habló de aquellos arreglos, y la encontró, como siempre, sumisa y obediente. Pero al otro día, cuando volvió á su casa, la madre y el niño se habían marchado. Acabaron por encontrarlos en casa del padre de Irma, en una horrible cabaña, en el bosque de Rambouillet; y cuando el poeta llegó, su hijo, su heredero, vestido de terciopelo y encaje, en las rodillas del viejo cazador, jugaba con su pipa, corría detrás de las gallinas, satisfecho de hacer volar sus rizos rubios al aire libre.

Athis, aunque muy conmovido, quiso fingir que se reía, y trató de llevarse á los fugitivos. Pero Irma lo entendió de otra manera. La echaban de la casa, y ella se llevaba á su hijo. ¿Había algo más natural?... Fué menester nada menos que la promesa del poeta de que no se casaría, para que se decidiera á irse con él, y así y todo impuso condiciones. Habían olvidado demasiado que era ella la madre de Roberto. Ocultarse siempre, desaparecer cuando la condesa llamaba, aquella vida no era posible. El niño había crecido demasiado ya, para que se le expusiera á esas humillaciones delante de él. Se convino en que, puesto que la condesa no quería encontrarse con la querida de su hijo, no iría á casa de ésta, y le llevarían el niño todos los días á la suya.

Entonces empezó para la abuela un verdadero suplicio. Todos los días había pretextos para no mandarle el niño. Roberto tenía tos, hacía frío, llovía. Otras veces era el paseo, la equitación, la gimnasia. Ya no veía casi á su nieto la pobre anciana. Al principio quiso quejarse á Athis; pero sólo las mujeres conocen el secreto de sus guerrillas. Sus ardides se ocultan como los puntos escondidos que sujetan los volantes y los en-

cajes de sus vestidos. El poeta no era capaz de ver nada, y la pobre abuela pasaba la vida esperando la visita de su nieto, esperando en la calle cuando salía con un criado, y con sus besos furtivos, sus miradas presurosas, aumentaba su cariño maternal sin poderlo ver nunca satisfecho.

Entre tanto, Irma Sallé—siempre con ayuda del niño—iba ganando terreno en el corazón del padre. Ahora estaba al frente de la casa, recibía, daba reuniones, se instalaba como mujer que no piensa en marcharse. Cuidaba, sin embargo, de decir de cuando en cuando delante de su padre: ¿Te acuerdas de las gallinas del abuelo? ¿Quieres que vayamos á verlas? Y con esa eterna amenaza de marcharse preparaba la instalación definitiva del matrimonio.

Necesitó cinco años para hacerse condesa; pero al fin lo fué... Un día el poeta fué temblando a anunciar á su madre que estaba decidido á casarse con su querida; y la pobre señora, en lugar de indignarse, acogió aquella calamidad como una dicha, sin ver más que una cosa en la boda: la posibilidad de ir á casa de su hijo y de amar libremente á Roberto. El hecho es que la verdadera luna de miel fué para la abuela. Athis, después de su calaverada, quiso alejarse un poco tiempo de París. Encontrábase á disgusto; como el chiquillo, colgado á las faldas de su madre, mandaba en todos, fueron á pasar una temporada al pueblo de Irma, al lado de las gallinas del tío Sallé. Era aquella la cosa más curiosa, más disparatada que se puede imaginar. La condesa y el cazador se encontraban todas las noches á la hora de acostar al niño. El viejo cazador con su pedacillo de pipa ennegrecida en la boca, la anciana dama de la corte con sus cabellos empolvados y su respetable aspecto de gran señora, contemplaban juntos á aquel niño hermoso que se tiraba á sus pies en las alfombras,



y que tanto admiraban uno y otro. Una le llevaba de París todos los juguetes nuevos, los más bonitos, los más caros; el otro le hacía pitos magníficos con pedazos de caña, y ¡caramba! el heredero dudaba qué preferir.

En resumen: entre todos aquellos seres agrupados como á la fuerza alrededor de una cuna, el único verdaderamente desgraciado era Carlos de Athis. Su aspiración elegante y de buen tono se resentía de aquella vida en medio del bosque, como esas parisenses delicadas para quienes el cuerpo tiene demasiado aire y demasiada savia. Ya no trabajaba, y lejos de aquél París que tan pronto oíva á los ausentes, sentía que casi no se acordaban de él... Afortunadamente el niño estaba allí, y cuando el niño sonreía, el padre ya no pensaba ni en sus éxitos de poeta ni en el pasado de Irma Sallé. Y ahora, ¿queréis saber el desenlace de ese drama singular? Pues leed la esquelita con orla de luto que he recibido hace pocos días, y que es como la última hoja de esa aventura parisienne:

Los condes de Athis tienen el pesar de participar á Ud. la muerte de su hijo Roberto.



¡Infelices! ¿No os parece estar viéndolos á los cuatro, mirándose uno á otro, al lado de aquella cuna vacía?...

ALFONSO DAUDET.

ACTUALIDADES

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

¡Cómo estará París!

Sucesivas explosiones de dinamita donde menos se las espera y con sus consecuencias de muertos, heridos y desastres, seguidas de ruidosos procesos é interesantes ejecuciones..... Convengamos en que no pueden pedir más los parisenses, tan amigos de todo lo que produzca sensación; y convengamos también en que de todas las ciudades de Europa donde *funcionan* los modernos reformadores dinamiteros, en ninguna como en París ha germinado y prosperado con tanto vigor la semilla de la anarquía. Ya se vé: el terreno estaba tan bien acondicionado para el efecto que lo que está sucediendo era indefectible. La República está cosechando lo que ha sembrado. Proscribió á Dios de las escuelas, atacó corporaciones religiosas, estableció el divorcio y cuando se ufanaba de su obra y contemplaba frondoso el árbol cargado de óptimo fruto estalló este como la granada al madurar, con mortífera explosión en el recinto mismo de donde salieron á pasmar al mundo la instrucción laica, el divorcio y demás gloriosas conquistas de la República Francesa! Con cada explosión de dinamita debe de retumbar en los ámbitos de Francia la carcajada de Voltaire!

Vive la liberté!

Y quién les habla de decir á los franceses y á muchos que no lo son que dia iba á llegar en que amasar millones equivaldría casi á suicidarse, en que hacer ostentación de la riqueza valdría tanto como pronunciar el ostentador su propia sentencia de muerte!

¿Y qué hacer? ¿Mostrarse débiles con los anarquistas los gobiernos, ó extremar la represión declarando á París, á Barcelona y demás ciudades donde prospera la anarquía en estado de sitio y aplicar la ley marcial? A grandes males grandes remedios, es cierto, pero muy poco creemos, que se lograría si la energética acción represiva no fuese acompañada de la persuasión, si á las legiones de anarquistas no hacen frente legiones de misioneros que trabajen por restablecer en las almas de aquellos extraviados el imperio de la moral católica. Ah! si esos pueblos desgraciados reconocieran el error y volvieran la vista al Dios proscrito hasta los hogares!

*

—No necesitamos de sermones, señor revistero, métase usted á cura si tanto le gusta predicar.

—Con mucho gusto complacería á usted, se-

ñor lector, pero ya no es posible. Si usted encuentra que están demás en este caso los sermones, sírvase proponer algún remedio, que muy agradecidos quedarán á usted los pobrecitos franceses, si usted les proporciona la manera de combatir la anarquía sin cantar la palinodia.

—¿Remedios? Yá lo creo que los hay, y de sobra.

—Vamos á ver.

—Hay uno sencillísimo: emplear contra la dinamita la dinamita misma. Que los anarquistas tiran una bomba aquí, nada, el Gobierno tira una más allá, es decir, en medio de un Club de anarquistas: *similia similibus curantur*.

—Luminosa idea! Me permito añadir algo al sistema en vía de perfeccionamiento.

—Diga usted.

—Que las bombas que se arrojen contra los anarquistas no estén cargadas con balas ni con clavos, sino con monedas de veinte francos.

—Justo. ¿Quieren dinero? Pues allá les va! Y echaba usted sermones, con tan felices facultades de homeópata anti-anarquista.

—Declino en usted, el inventor, toda la gloria y le cedo gustoso el privilegio del perfeccionamiento.

—Otro remedio.

—¿Cuál?

—Prohibir en absoluto la fabricación de explosivos.

—Pero que se haría con los que se fabrican ellos solos.

—No existen.

—Qué sí.

—Qué nō: pruébemelo usted.

—Venga usted acá. ¿Vé usted aquella morenita? ¿No vé usted cómo se le encienden las mejillas á cada mirada de aquél caballerito rubio? Impida usted ahora la fabricación del explosivo que les hará estallar.

—Anda con el guasón!

—Escuche usted: ¿vé aquél señorón de prominente abdomen que lleva levantada la cabeza y saluda con aire de protección? Dios le libre á usted de estar cerca de esa bomba cuando estalle de vanidad.

—Caballero!

—Mire usted á este tipo de gesto avinagrado y mirada de basilisco y témale usted á sus explosiones de malacrianza.

—Basta.

—No he terminado, porque alcanzo á ver allí un poeta que según todos los indicios le está dando vueltas á una silva en la cabeza: la explosión será terrible para el buen gusto y la gramática.

Y apártese para que no le atropelle esta cuba que viene dando tumbos por la acera; y tenga presente que el alcohol es un explosivo temible.

Ya le he apercibido á usted contra cinco clases de explosivos: el amor, la vanidad, la malacrianza, la inspiración, el alcoholismo. Ahora hágase usted cuenta de que hay explosiones de entusiasmo, de indignación, de orgullo, de patriotismo, de elocuencia, de necedad, de impaciencia.....

—Como la mía, y de majadería como la de usted.

—Amén!

*

Ya lo dije una vez y lo repito ahora: cuando yo cometa un homicidio no preguntén quién ha sido la víctima, de fijo será un cajista de imprenta.

En mi artículo anterior se gozó el cajista valiéndose de que yo no estaba presente: me hizo decir que los ánimos tenían poca propensión á excusarse, cuando yo escribí *exaltarse*. Me hizo hablar de los recortes del alma de la señorita Svicher; pero se lo perdonó porque no lo hizo con intención.

Lo que si no se puede perdonar es que el cajista, como sucede con frecuencia, no en esta imprenta, la verdad primera, se permita corregir el texto á su leal saber y entender. Si encuentra una construcción extraña para él, la pone como le parece y no vale corregir cien veces la prueba: sale como el quiere y hay que agradecerle la enmienda.

Cierto escritor amigo mio y víctima como yo de los cajistas, decía una vez en una novela lo siguiente: "Estaban presentes Juan, Amelia y Luis"—No le pareció al cajista correcta la cons-

trucción y puso: "Estaba presente Juan, Amelia y Luis." No valió que el escritor restableciese el plural en la prueba: la cosa salió como quiso el cajista, quién reconvenido por el autor contestó con mucha gravedad:—"Estaban presentes Juan" es un disparate.

*

—La carne envenenada!

—¡Caracoles!

—Todas las reses del matadero han sido mordidas por un perro rabioso.

—¡Dios nos asista! Y yo que me comí con tanto gusto el beefsteak en el almuerzo! Pero, diga usted: ¿estaba realmente rabioso el perro?

Juzgando por los síntomas

Que tiene el animal,

Bien puede estar rabioso

Y puede no lo estar.

—Déjese usted de bromas que la cosa es muy seria. Mire usted: ahora me explico cierta desazón que vengo sintiendo desde que me levanté de la mesa.

Esto decía don Nicolás á su amigote don Fernando el día 27 del mes último, pocas horas después del almuerzo.

—Doña Nieves, doña Nieeeeeevés! Que su esposo se siente mal.

—¿Qué dice usted? Enfermo mi Nicolásito!

—Si señora, comió carne en el almuerzo y como todas las reses estaban mordidas de perro rabioso.....

—¡Virgen del Carmen! Yo también comí carne!

—Sí, hija, pero en tí no importa.

—¿Cómo que no importa?

—No importa, porque siempre estás como si hubieras comido carne con *virus rábico*; mientras que yo, infeliz, que nunca he sentido esta desazón en el estómago y este cosquilleo en las mandíbulas..... (¡Qué idea! Ahora me las paga todas juntas.) Sobre todo, estas ganas de morder, para decirlo de una vez.

—¡Misericordia! Corra usted, don Fernando, hágame el favor de traer un poco de estricnina para Nicolás!

—(Ya te daré yo estricnina.) Nō, nō, que ese veneno me matará indefectiblemente, mientras que si rabio tal vez pueda vivir.

—¡Desdichado! ¡Cómo vás á vivir rabiendo?

—Como he vivido desde que me casé, prenda.

—Ingrato.

—Bueno, ahora te toca á tí manifestarme tu gratitud por todos los mordiscos que pienso darte.

Don Fernando que entra:—Aquí está la estricnina.

—Bien, bábesela usted.

LA COMPAÑÍA DE OPERA ITALIANA

¡Vana ilusión del público de Caracas el haberse prometido agradables veladas en el Municipal!

El juicio general señala á la Compañía que allí funciona, como una de las más incompletas que ha venido á Venezuela.

Es penoso decirlo; pero á los cronistas de buena fe no les es permitido emitir otra opinión que la robustecida por el juicio de toda la prensa seria.

Se salvan del fracaso, la Orquesta hábilmente dirigida por el señor Giuseppe Pomé que es artista de grandes méritos, la Señorita Isabella Svicher primera tiple ligera, y las primeras triples dramáticas Señora Elisa Bassi y Señorita Pía Rolitti Salto. El público distingue muy señaladamente á la Señorita Rolitti Salto.

La Compañía, pues, se reduce á las damas; pero por muchos que sean sus méritos y sus esfuerzos, estos no pueden contrapesar la falta de los demás cantantes.

La Compañía cuenta tres tenores y no tiene ninguno. Es curioso!

Ortisi, Abad y Antón no son tenores para las Señoras Bassi, Rolitti Salto y Svicher.

Antón lo fué, muy regular, en la primera época que vino á Venezuela. Nuestro público le aplaudió calurosamente.

En la segunda temporada ya había desme-

recido como artista cantante; pero Caracas le recibió con generosidad. Así vimos el coliseo de Veroes casi siempre lleno á pesar de que en el Municipal funcionaba la Compañía de que era contratista el señor Leicabaza, á todas luces superior á la del señor Antón y á otras muchas.

Tanto por esa prueba de afecto de nuestro público, como por el hecho de ser favorecido en esta vez por el Gobierno, era de esperarse que el señor Antón correspondiese presentándonos una Compañía en general aceptable y por lo menos con un tenor bueno.

Caracas no quiere ya al señor Antón como tenor. Bástale la vieja simpatía personal como recuerdo de otros tiempos y no se empeñe en presentársenos de viva fuerza. Eso es dar coches contra el agujón.

Sin embargo, aún podemos hacer algo, como cronistas, en favor del señor Antón, y es señalar esa nueva faz bajo la cual se nos viene hoy encima. Ningún tenor de los caídos en el mundo ha tenido la habilidad de obtener que las autoridades le defiendan de la rechisla, y el señor Antón, á lo que parece, sí lo ha logrado en parte. Y eso es mucho ya. Vaya que si lo es!

Terminamos esta revista insertando á continuación varios párrafos de la prensa diaria:

SILBIDOS.—No somos de los silbadores.

Creemos que, en un wagón donde van señoritas, no debe fumarse, ni en un teatro lleno de damas debe silbarse.

Ni deben producirse pliegos, ni escándalos ruidosos.

Ellas son las que más sufren con la bullanga.

Pero, al mismo tiempo, nos preguntamos: ¿el espectador no tiene derecho de manifestar su desagrado?

¿Cuándo un actor es malo, peor, pésimo, y desagradado á todos los aficionados y alabados, éstos no tienen derecho para darle un *meneo*?

Y si ese derecho existe, ¿sería justo reducir á prisión á los manejadores de pitos?

Dividida está la opinión sobre el particular. Unos recuerdan silbas y broncas descomunales sufridas en los teatros europeos; pero otros aseguran que el derecho del espectador lo limita el deber de guardar el orden.

(*El Tiempo*, 19 de Febrero)

OPERA.—Lo que se estaba temiendo sucedió el sábado: un fracaso completo en el Municipal. Fué inútil que la señorita Svicher hiciese fuerza de vela por salvar la obra. El público dijo que nones, y el tenor Antón fué requete silbado en todos los actos, de una manera inequívoca. Aquella no era ni distracción, ni imprudentes llamadas de un asiento á otro, sino silba limpia y pelada, dirigida expresamente al tenor. Este, en uno de los aguaceros hizo subir el telón después de bajado, como para decir algo al público, una especie de *chiamata* á la inversa; pero ya todo el mundo estaba de espaldas, y el orador se quedó en cierre, sin decir esta boca es mía.

Los que pagaron el pato fueron dos jóvenes, á quienes arrestaron por haber expresado en silba su pensamiento. Ya lo saben para en adelante, y deben anotar este uso de la garganta, al lado del otro, también subversivo, de no tragar.

Es lástima que la policía no se reclutase en los conservatorios, á ver si así se pronunciaba contra los gallos é invertía el orden de los arrestos porque más subversivo, al menos en música, es chillar que pitir.

El domingo volvió á la escena "Fausto," y conquista nuevos triunfos la Roluti Salto.

(*El Progreso*, 19 de Febrero)

LA OPERA.—Ante numerosa y distinguida concurrencia tuvo efecto en la noche del sábado la segunda representación de la preciosa partitura de Donizetti "Lucía de Lamuenmoor."

Isabela Svicher, encantó de nuevo al auditorio con las mágicas inflexiones de su voz privilegiada y con la exquisita corrección de su escuela de canto. Fué muy aplaudida y obsequiada con dos artísticas coronas de flores.

Casini, muy bien, sigue ganándose, con justicia, el aprecio y simpatías del público que asiste al Municipal.

Muchos esfuerzos hizo Antón por salir airoso en su papel de Edgardo, y si bien lo consiguió como artista dramático, en los números de canto no fué tan feliz, pues parte del público hizo demostraciones de desagrado, aunque la otra parte compensó con sus aplausos.

(*El Deber*, 19 de Febrero)

LOS PITOS EN EL TEATRO.—El sábado último tuvo efecto en el Teatro Municipal uno de esos casos que por poco frecuentes en nuestro público llaman muchísimo la atención.

Nos referimos á los *pítidos*, conque de hecho liberado se empeñaron algunas personas en burlarse del señor Antón, tenor y director de la Compañía de Ópera.

Nosotros, á decir verdad, reprobamos este sistema por creerlo poco decente e indigno de públicos nobles y generosos. El que crea que la compañía es mala no debe ir al espectáculo, que ninguno puede obligarlo á hacer lo contrario, pero si vá, por propio decoro y por propia estimación no debe de hacer uso de armas feas para castigar el error de un hombre ó la insuficiencia de un artista.

Y es que antes que esto esté el público en general al que se le debe guardar consideración, así como están los sentimientos indulgentes que hemos abrigado siempre y que no está bueno despacharnos de ellos en una hora.

Empero, así como criticamos á los que *pitan*, también debemos de condenar á los que arrestan y llevan á la policía, á los que emplean dichos medios de reprobación. El público, en derecho, así como aplaude, puede silbar, y si criticamos, el hecho no es por encontrarlo fuera de la ley, sino por creerlo indigno de los sentimientos generosos que siempre ha demostrado tener el pueblo venezolano.

Por eso no debe de aprehenderse á los que silban á un actor, pues desde que éste pisó las tablas está sometido á la aprobación ó censura del auditorio. Hacer lo contrario es indisponer el ánimo del público y acumular la mayor cantidad de antipatía sobre el pobre artista *rechizado*.

Además, como al paso que unos silban, la mayoría aplaude, resulta que los primeros quedan en evidencia, castigados en el acto con el único medio que es dado emplear en análogos casos.

Quírese también dar á este asunto colorido político y á nuestro entender los que tal hacen obran muy mal. El arte nada tiene que hacer con las cuestiones de Gobierno e intentar introducir la abominable política también en las cuestiones de espectáculo, es cerrar las puertas al público á toda diversión y distracción inocentes. Por eso creemos que las personas oficiosas que se dan á proponer tales conceptos carecen de lógica y faltan á la verdad. La compañía, ó mejor dicho, los tenores que ha traído el señor Antón (inclusive él) no han satisfecho el gusto del público, y como éste se figura que con la cantidad que le ha acordado el Gobierno ha podido traer artistas mucho mejores, de aquí que se haya disgustado pensando en *castigar* de algún modo el proceder del contratista. Ahora, digásenos qué tiene esto que hacer con la política y qué ataque envuelve tal proceder contra el Gobierno, cuando si á ver vamos, son sus intereses los que se defienden en semejante caso.

No desbarremos tanto, por Dios, y no demos motivo á que se diga que en Venezuela se ha perdido el buen sentido y la lógica.

Y nada de pitos, pero también nada de hechos ilegales y atentatorios contra la libertad individual.

TEATROS.—EN EL MUNICIPAL.—Señor Director:

"Lucía," que subió á la escena el sábado, fué en síntesis un triunfo para la señorita Svicher que aunque tímida en el primer acto y contrariada en el segundo por la silba con que el público recibió á Edgardo (Cav. Antón), cantó sus números con verdadero sentimiento y arte exquisito. Pero fué notable en el aria de la locura en que nos dió á conocer todo el caudal de conocimientos musicales que posee, su gusto artístico y la pureza de su escuela. El público trasportado le hizo una verdadera ovación tan espontánea como merecida, llámándola repetidas veces á la escena.

Esta artista ha sido desgraciada, pues la fatalidad la ha llevado á la escena para presenciar en un período de corto tiempo el fiasco de dos tenores, Abad en "Traviata" y Antón en "Lucía." Este cuya primera salida era esperada con cierta prevención, toda vez que sin abrir la boca, á su presentación en la escena fué saludado con rechislas, perdió el aplomo en presencia de un público hostil y nos dió una sucesión de gallos que más son para oídos que para contados; y aquí del público, cada animal un silbido, cada silbido un animal. La autoridad, según nos han dicho, hizo arrestar á algunos de los que manifestaron su desagrado, lo cual nos parece incorrecto, pues que así como el aplauso es el modo de expresar el agrado, todos los públicos del mundo manifiestan su desaprobación por la rechisla, sin que ésta pueda ser coaccionada mientras no revista caracteres de desorden. No somos partidarios de estas manifestaciones, pero si reconocemos el derecho de hacerlas.

Como dijimos al principio, la "Lucía" fué un triunfo para la Svicher y un fiasco para el tenor.

(*El Combate*, 19 de Febrero de 1894)

Qué decir á fuer de cronistas imparciales, respecto de la segunda representación de *Lucía*?

Enmudecer es lo más propio, ya que no queremos que de nuestra pluma broten amargos conceptos, duras calificaciones, y juicios que, aunque justos, habrían de ser por extremo fuertes.

La representación de *Lucía* ha sido todo un fracaso, menos para el tercer acto, en que como en el último de *Traviata*, la señorita Svicher atrajo sobre sí toda la atención y simpatía del público, por más que aún sobre ella misma se reflejaban las fatales impresiones recibidas.

Basta decir que hubo asombros de ruidosa silba.

(*El Noticiero*, 18 de Febrero de 1894)

TEATRO MUNICIPAL

CERO, y van SIETE.

Era de noche . . . y sin embargo llovía!

CERO, y van OCHO.

Lucía: he aquí un fracaso de *primo cartello*.

¡Qué concertante tan espléndido aquel del 2º acto! La tierra se abrió, y la sombra de Gayarre se destacó como por encanto flotando en el vacío. ¡Se había eclipsado su gloria!

Y qué diremos del 4º acto? Ah! qué de cosas se vieron en él! Nosotros nos creímos por un momento transportados á Pekín ó Jauja; es decir, al país de *las manzanas de oro*.

¡Pero, señor! ¿se cantan ó no *Las Peteneras*?

Respecto al cuerpo de baile, es una lástima que no se haya quedado por Italia. Aquella voluntaria repetición, no tiene precio!

Vino luego el silbato de la *locomotora popular*. Hubo prisiones, pero ningún herido ni muerto.

El mar estaba bonancible, y terminó la tragedia.

En todas partes se aplaude lo bueno y se silba lo malo porque hay derecho para ello, en las sociedades cultas y civilizadas, pero no se prende absolutamente á nadie.

Y por fin, coner gato por liebre no es agradable.

(De *El Palenque Español*)

En cambio *El Siglo*, entre otras cosas dijo lo siguiente:

Antón cantó con la maestría que hace de él un excelente artista y podemos asegurar que su escuela y aplomo le hacen el *primero* de los tenores que hayan pisado nuestra escena. Los hemos oido con mayor caudal de voz, pero ninguno ha hecho gala de las dotes musicales y escénicas que posee Antón.

Y respecto de las dos funciones efectuadas el 24 y 25 dice *El Combate*:

En la representación de la obra el punto más culminante está ocupado por la señora Roluti que ha sabido hacernos una Aida que si no satisface en lo que mira á la estética cuanto al muy oscuro color etíope de su cutis y á la poca elegancia de vestido, llena todas las exigencias del arte así en la dramática como en el canto, particularmente en éste que está modelado por el genio de Verdi en música escultural. Precisamente lo contrario observamos en *Anneris*, señora Bianchi de Antón, que veramente cuanto á formas (por lo menos en la escena) y en elegantes y variadas *toilettes* llenó su misión estética, más no la artística pues con permiso de su buen porte; dura verdad! su voz es de pasmosa nulidad ó por decirlo mejor: aquella buena señora ya no canta, y sería necesario á la empresa, ya que el público en ello está acorde, economizarla á la escena como lo ha hecho con Abad y no tardará en hacerlo con Antón que está en igualdad de circunstancias.

SÉPTIMO.

COCINA SOLAR

El Progreso, en uno de sus chistosos suelos, ofreció un crecido premio al que invente el medio de aprovechar el calor del sol, ó algún otro, para la cocina, de un modo práctico y barato, porque de otra manera será necesario comer crudo en Caracas, pues el carbón está por las nubes.

No reclamamos el ofrecido premio, porque no hemos inventado nada; pero, inspirados por el citado sueldo, dedicamos á *El Progreso* las siguientes instrucciones sobre el modo de construir una cocina solar sencillísima.

Una hoja de lata, de zinc, ó simplemente de cartón plateado, es suficiente para construir una cocina solar. Los mejores resultados se obtienen empleando una hoja de cobre plateada de un lado.

Ella se compone esencialmente de una hoja bruñida de un lado, dispuesta en forma de cono, ó embudo, de 90°, y teniendo la superficie brillante á lo interior.

Los demás son accesorios que pueden variar al infinito, desde lo más sencillo hasta lo más complicado.

La figura 1 representa una de estas cocinas montada sobre un trípode, nada indispensable, que permite mover cómodamente la cocina en sentido horizontal y vertical, según lo exijan la posición y el movimiento del sol.

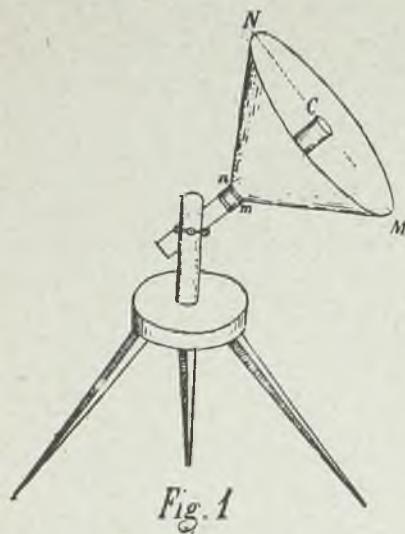


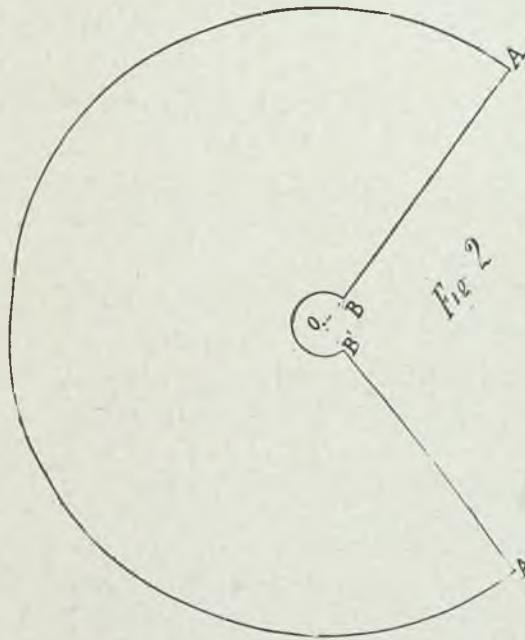
Fig. 1

En la misma figura se divisa un cilindro C, colocado como se debe, centralmente al cono, en el sentido de su eje, y destinado á contener los comestibles que se quieran cocinar.

La abertura, ó boca del cono debe mantenerse en frente del sol, lo que se verifica cuando el cilindro no da sombra. En esta posición, los radios solares, después de haber caído con un ángulo de incidencia de 45° sobre todos los puntos de la superficie brillante interna del cono, van á concentrarse normalmente, ó sea perpendicularmente, sobre el cilindro en todo su largo.

Una cocina completa debe poseer varios cilindros metálicos ennegrecidos al exterior, y de cristal transparente, de diferentes tamaños, cafeteras, asadores, etc., fáciles de colocarse.

Para formar el cono, se debe cortar de la hoja, que se quiere emplear un sector circular AA' de $254^{\circ}33'5$, como exactamente lo indica la fi-



gura 2, del cual se eliminará otro sector BB' para formar la circunferencia de la base menor del cono truncado. Después, soldando AB con A'B', el reflector estará construido.

Para fijar las ideas y ahorrar fastidiosas descripciones, hemos calculado las siguientes medidas que nos parecen regulares para una cocina de familia.

CONO

OA (fig. 2)	= 70 centímetros, 71
OB	= 7 centímetros, 07
BA	= 63 centímetros, 64

Después de haber soldado como se ha dicho, resultarán:

Diámetro MN de la base mayor, ó boca del cono (fig. 1) = 1 metro.

Diámetro mn de la base menor, ó fondo del cono truncado = 19 centímetros,

Altura del cono truncado = 45 centímetros.

Cilindro

Altura = 45 centímetros,

Circunferencia de su contorno, ó base, = 31 centímetros, 4

Diámetro exterior = 10 centímetros,

Capacidad = 3 litros, 5,

Concluiremos diciendo que no es necesario que la base menor del cono truncado sea igual á la del cilindro, como hemos supuesto. Al contrario, se puede, con ventaja, cortar la primera más lejos de vértice del cono, proporcionando así un fondo, más ó menos, espacioso á la cocina. Sólo se deberá tener en consideración que la altura del cilindro debe siempre ser igual á la del reflector.

Caracas: 23 de Febrero de 1894.

M. BUSCALIONI.

LOS POR QUÉ DE LA SEÑORITA SUSANA

POR
EMILE DESBEAUX

Continuación

—¡ Ah ! s... ¡ espera un poco !

Y la niña salió corriendo hacia el gabinete de su hermano. Encima de la mesa encontró lo que buscaba, pues volvió en seguida con una boquilla de ámbar que presentó á su abuelo.

—El ámbar, dijo éste, se convierte en imán si se le frota, como tú vas á verlo. Corta un papel en pedacitos encima de la mesa.

La niña obedeció. El abuelo entonces frotó con rapidez la boquilla de ámbar sobre la manga de su levita, y después la aproximó á los pedacitos de papel.

Estos volaron, atraídos por el ámbar como las mariposas por la luz, hasta fijarse en la boquilla.

—Acabas de asistir á un fenómeno de electricidad, dijo el abuelo á su nieta.

—¡ Electricidad ! repitió la última.

Y añadió :

—Me has enseñado lo que significan las palabras telegrama y telégrafo, pero no lo que quiere decir electricidad.

—Tú pregunta, hija mía, no puede ser más oportuna, pues la palabra electricidad viene justamente de esta boquilla de ámbar.

—¿ Cómo es eso ?

El primero que descubrió esta propiedad del ámbar, fué un habitante de Grecia que existió hace más de veinte siglos. Ahora bien, el ámbar en su lengua se llamaba electron, nombre del cual nosotros hemos hecho.....

—¡ Electricidad !

—Perfectamente.

—Bien, repuso nuestra pequeña curiosa, todo eso es interesante, pero no me enseñas como el telégrafo puede enviar un telegrama.

—Sois algo impaciente, señorita, dijo el anciano sonriendo; un poquito de moderación, que ya tocamos al fin.

—¡ Bueno ! aguardo.

—Si yo entrara en los mil detalles del telégrafo y de su mecanismo, no entenderías una palabra.

—¡ Oh ! murmuró la niña con acento humillado.

—Siento mucho repetírtelo, hija de mi corazón, pero es lo cierto que nada comprenderías; sírvate, no obstante, de consuelo una seguridad que te doy: la de que no serías la única persona en ese caso.

Los aparatos telegráficos son muy numerosos y de distintos géneros; y además se les perfecciona cada día. Me reduzco, pues, á explicarte brevemente el principio fundamental del telégrafo, y vas á tener la prueba de que ese principio es, como el de todas y cada una de las

invenciones modernas, menos complicado de lo que parece.

—¿ Puedes tú suponer que haya en Marsella un imán de fuerza suficiente para ejercer su atracción sobre un pedazo de hierro que se encuentre en París ?

—Sí, contestó la niña inclinando la cabeza para mostrar que tal suposición no le parecía demasiado inviabil.

—Bueno, pues tenemos ese imán en Marsella. Supón ahora que el pedazo de hierro que se quiere atraer y que está en París, es una aguja colocada en medio de un cuadrante. En este cuadrante, en lugar de las horas de un reloj, pongamos veinte y cinco letras del alfabeto.

—Bien, supongamos todo eso.

—Pues continúa suponiendo que tu papá, desde Marsella, te quiere dar los buenos días. ¿Qué hace? Valiéndose de un mecanismo especial, procura que el imán que está en Marsella á su disposición atraiga la aguja de París hacia la letra B. Un empleado sigue con atención el movimiento de la aguja, y cuando la ve fijarse en la letra B escribe en un papel esta letra. Tu padre sigue operando con su imán, y después de la letra que hemos dicho, hace dirigir la aguja sobre la U. Por su parte el empleado de París prosigue apuntando letras.

—Hasta que reúne las letras B | U | E | I | N | O | S D | I | A | S lo cual quiere decir "buenos días!"

—¡ No está mal comprendido ! exclamó el abuelo muy contento.

—¿ Y en dos horas podría yo recibir los buenos días de papá ?

—Repara que esas dos horas son las invertidas por los empleados de Marsella y de París, en transmitir, recibir y comunicarte el telegrama, pues la rapidez de la electricidad es tal, que apenas una letra es designada en Marsella cuando ya en París es registrada. La transmisión es instantánea. Se puede decir que la electricidad no reconoce distancias. Con tanta velocidad le daría la vuelta al mundo, como pasaría de este aposento á la sala.

—Pero el imán de Marsella, dijo la niña asombrada, necesita ser muy grande, muy fuerte, para mover el hierro de París.

—Es claro, y por lo mismo no es un imán como tú lo concibes, sino una máquina de electricidad inventada por los hombres y más potente que todos los imanes de este mundo. Esta máquina se llama pila eléctrica.

—Hay una cosa que no entiendo todavía, dijo la muchacha frunciendo las cejas. ¿ Por qué el imán, ó la máquina, como tú quieras, no atrae más que la aguja en cuestión ? ¿ No sería natural que atraiera todos los pedazos de hierro que hallara en su camino ?

—Si sólo ejercita su fuerza de atracción sobre la aguja, es porque sólo se ha dirigido á ella.

—¿ Y cómo es eso posible ?

—Porque la fuerza que le permite atraer, llamada corriente eléctrica, es conducida por un hilo de cobre del cual no puede apartarse y que va directamente á París.

—Un hilo de cobre de ochocientos sesenta y tres kilómetros ! exclamó la niña recordando la distancia exacta de París á Marsella.

—Sí, pero se compone de muchos hilos soldados unos con otros.

—Dónde está ese hilo ?

—No has visto á lo largo de la vía férrea unos alambres suspendidos, en postes que se suceden de trecho en trecho, por toda la extensión de la vía ?

—Sí.

—Pues esos son los hilos eléctricos. En París los ves por todas partes y pasan por encima de los techos. También los hay subterráneos.

—Ah ! Pues por eso vino el otro día un telegrama de mi amiga Adela, avisándome que no podía venir á comer conmigo.....

De repente la niña se interrumpió, dando muestras de contrariedad.

—Está visto que no entiendo ! dijo.

—¿ Qué es lo que no entiendes ?

—El telegrama de la princesita Marmota venía escrito por ella; conocí su letra. ¡ Y mi papá no pudo hacer otro tanto ! Vaya, ¡ que no lo entiendo !

Continuará

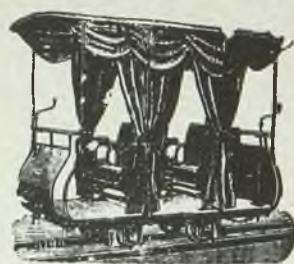
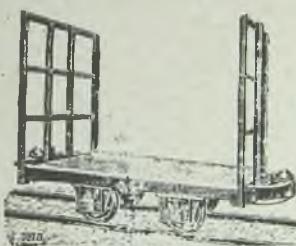
Nocturno

Digitized by Google

ద్వారా

Anelante con moto

ద్వారా

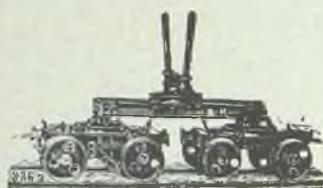


ARTHUR KOPPEL FABRICA DE FERROCARRILES PORTATILES Y FIJOS

BERLIN, BOCHUM, CAMEN

FUNDICION DE ACERO EN WOLGAST
SUCURSAL EN LAS PRINCIPALES CAPITALES DEL MUNDO
MATERIAL

para ferrocarriles y tranvías.—Nuevo sistema de rails acanalados para tranvías.—Rails ligeros y durmientes de acero.—Cambios de vía.—Plataformas giratorias.



Especialidad para instalaciones en haciendas de caña, café y cacao



500

modelos de ruedas de acero.—Wagonetas y carros volcadores.—Coches para tranvías.—Locomotoras.—Puentes y materiales para puertos y estaciones.



Indispensable para minas, todo género de construcciones y grandes empresas

PRESUPUESTOS DE GASTOS Y CATALOGOS GRATIS

Exposición permanente de todo el material en miniatura, en esta sucursal:

OTTO NATHANSON

Caracas, Este 4, número 14 — (Traposos á Chorro)

Agente para Caracas y Estados limítrofes:— ALFREDO JAHN

Caracas, Balconcito al Truco, número 44.—Ingeniero para oficinas de caña y café y toda clase de maquinaria, puentes y techos de hierro.

Agentes en el Zulia y Estados contiguos:— BECKMANN Y ANDRESEN — MARACAIBO

Agentes en Valencia, Becker, Gosewisch & Ca. Sucesores.—Agentes en Barquisimeto. J. Hanser & Ca.

Aceite de Hígado de Bacalao
DEL
DOCTOR DUCOUX

Iodo - Ferruginoso,
al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las
**ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSÍS, etc.,**

al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr. DUCOUX, Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga, porque no tiene ésta preparación ningún sabor desagradable y porque su composición la hace sumamente tónica y fortificante.

Depósito General : 7, Boulevard Denain, en PARIS

Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.
Desconfíese de las FALSIFICACIONES e IMITACIONES

MEDALLAS DE ORO
en las Exposiciones Universales de
Paris 1878-1889
Burdeos, DIPLOMA DE HONOR en la Exposición de 1882

PRUNES D'ENTE
Ciruelas Ingertas

J. FAU
Burdeos (Francia)
Se desea pasarlo bien sirva comer cada día
Ciruelas deliciosas J. FAU

PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, PARIS

ULTIMAS CREACIONES
Productos
DATURA INDIEN

Esencia DATURA INDIEN
Polvo de Arroz. DATURA INDIEN
Jabón DATURA INDIEN
Agua de Tocador DATURA INDIEN
Aceite DATURA INDIEN

Sachets Oriza Solidificados
ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

INJECTION CADET CURA
CIERTO Y INFALIBLE
EN TRES DIAS
Ph. B. Denain & C. PARIS

DEPÓSITOS EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

EL MILLON DEL TIO RACLOT

POR
EMILIO RICHEBOURG

Continuación
III

Mathurin Raclot se había enriquecido á expensas de los demás ; vergonzosa y abominablemente había especulado con la desgracia ajena, sembrando la ruina en torno de sí, para llegar á poseer su gran fortuna. ¡ Cuántos sollozos, cuántas lágrimas y miserias existían detrás de aquel millón !

Al presente, el hombre era conocido, hablase de, semmascarado á sí propio. Ya nadie lo presentaba como otras veces, cual modelo de prudencia y saber.

Era un miserable, y se sabía. Nadie lo estimaba, todos lo maldecían ; pero tanto unos como otros no se atrevían á hablar alto. El señor Raclot era rico, e inspiraba temor.

Nadie procuraba encontrárselo en su camino ; todos evadían la presencia de este hombre ; pero saludaban si por acaso lo hallaban.

— ¡ « Buenos días, señor Raclot ! »

¡ Oh, la riqueza ! Ante los que la poseen, por malvados que sean, tornan cobardes los hombres y cometen mil bajezas.

Mathurin Raclot vivía solo en su castillo, cual el oso en su guarida ; verdad que, no siendo invitado á parte alguna, no tenía que recibir á nadie.

Complájase así. Bastábale con poder lanzar una mirada por valles y prados, tan lejos cuanto su vista alcanzaba. Y cuando se había dicho á sí propio, con la sonrisa en los labios : — « Todo eso es mío ! » quedaba satisfecho.

La llegada de Marta al vetusto castillo atrajo algún movimiento, cierto ruido semejante á la alegría.

La muchacha no ignoraba que su padre tuviese fortuna ; pero desconocía la cifra á que ascendía y se hallaba muy lejos de suponer de qué manera fué adquirida. Ignoraba al propio tiempo que su padre era ejecrado en la comarca.

Siempre la misma, sencilla, buena, afectuosa, admiróse primero y sufrió después, viendo la frialdad de las gentes para con ella. Encogióse dolorosamente su corazón al observar que la evitaban, cual si les inspirase miedo.

Cuando por primera vez, después de su vuelta, se acercaba á las jóvenes de su edad, antiguas amigas, notaba que respondían á sus dulces palabras de familiaridad con una timidez respetuosa, especie de temor que parecía desconfianza.

¿ Qué quería decir todo esto ?

La pobre Marta, dispuesta á querer á todo el mundo, vela con pena que no tenia la amistad de nadie.

Y, más de una vez, corrieron abundantemente sus lágrimas, al observar que era tan mal comprendida.

Una sola mujer, en Aubécourt, permanecía siempre la misma para ella : su nodriza. Esta no le escatimaba caricias, besos ni palabras de consuelo. Junto á su nodriza, á quien llamaba madre, dictado que arrancaba lágrimas de los ojos de la buena

EDICION INTERNACIONAL
DEL RETRATO de S. S. LEON XIII
Por CHARTRAN

Este celebre retrato, es
EL ÚNICO AUTÉNTICO
El único para el cual S. S. haya servido de modelo.
El Papa viene representado SENTADO, con su
vestido de recepción.

ENCANTADO DEL PARECIDO, LEON XIII HA
EXPRIMIDO AL ARTISTA SU DESEO DE QUE ESTE CUADRO SEA
REPRODUCIDO Y REPARTIDO EN EL MUNDO ENTERO

y ha compuesto dos versos latinos que van reproducidos autógrafos, sobre loas las reproducciones:
Grabado con acido — Cromograbado — Grabado en dulce
Cromolitografía — Fitas omnia — Fototipia — Cromolitografía — Imágenes de color

EPILEPSIA
HISTÉRICO
CONVULSIONES
ENFERMEDADES
NERVIOSAS

¡Curacion frecuente!
¡Alivio siempre!
CON EL USO DE LA
SOLUCION ANTI-NERVIOSA
Laroyenne

VENTA POR MAYOR
PARIS, 7, Boulevard Denain, 7, PARIS
FARMACIA DUREL

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DRUGERIAS

VERDADERAS PÍLDORAS del DR. BLAUD

Están empleadas con el mayor éxito desde mas de 50 años por la mayor parte de los Médicos Franceses y extranjeros para curar la **ANEMIA, CLOROSIS (colores pálidos)**, y facilitar el **Desarrollo de las jóvenes**.

El hecho de estar estas Píldoras insertadas en el nuevo **Codex Francés**, y su eficacia reconocida por el **Consejo de Higiene del Brasil**, y su venta autorizada, nos dispensa de todo elojo.

Exijase al nombre del Inventor grabado sobre cada Píldora como mas abajo.

DESCONFÍESE DE LAS IMITACIONES

NOTA. — Las Verdaderas Píldoras del Dr. Blaud no se venden nada mas que en frascos y medios frascos de 200 y 100 Píldoras, pero nunca al por menor.

PARIS, 8, RUE PAYENNE. — DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

mujer, Marta hallaba algún consuelo, confiándose sus penas.

Perpleja con las preguntas de la joven, la nodriza respondía como Dios le daba á entender, sin atreverse á decirle que la envolvía la propia aversión que su padre inspiraba.

—Querida mía, soña decirle á Marta, tus antiguas amigas no se atreven á conversar contigo, porque has sido educada en la ciudad y eres una señorita hermosa y distinguida.

—Pero, replicaba Marta, si yo soy la primera en hablarte, en tenderles la mano, en querer abrazarlas!

—Lo mismo da, porque saben la distancia que media entre tú y ellas, no pueden permitirse ninguna familiaridad contigo.

Marta inclinaba la cabeza suspirando.

Tomábala en brazos la nodriza, y le cubría de besos las mejillas, pensando:

—¡Pobre Marta mía! ¡Cuán poco te conocen!

Entre las compañeras del colegio de las madres Dominicas, había una con quien Marta intimó mucho. Matilde de Santenay, hija de un General retirado, sólo tenía pocos meses más que la señorita de Raclot.

Marta y Matilde se querían como hermanas.

El General de Santenay era viudo; vivía á cinco kilómetros de la ciudad, mas no, como Mathurin Raclot, en un castillo con magníficas dependencias.

La vivienda del señor de Santenay era modesta, porque el General carecía de gran fortuna; fuera del retiro, gracias que tuviese cinco ó seis mil francos de renta. Nunca pudo hacer economías, pues constantemente, y ante todo, preocupóle siempre la educación de sus hijos. Matilde tenía un hermano ocho años mayor que ella. Habida en cuenta su escasa fortuna, el General gastó, relativamente, mucho en su hijo. Después de los años de colegio, había entrado el joven en la escuela Politécnica, de donde salió Ingeniero de caminos. Recientemente, cuando aún no contaba veintiseis años de edad, había sido llamado á desempeñar sus servicios en el departamento donde vivía su padre, y esto, como favor especial.

Pero si es verdad que el General se había sacrificado algo por sus hijos, no tenía por qué sentirlo, ya que el joven le proporcionaba todas las satisfacciones apetecibles, con lo cual estaba el padre largamente recompensado. Jorge de Santenay ocupaba una posición muy decente; no tenía más que continuar, y su porvenir estaba asegurado.

De otra parte, el veterano no se inquietaba más por el porvenir de Matilde que por el de Jorge, pues ambos tenían una tía, hermana mayor de su madre, la cual tía hallábase en posesión de una cuantiosa fortuna.

Era aquella una anciana soltera, que, después de haber sido afamada costurera en París, se retiró de los negocios y vivió en un pueblo próximo al en que el General habitaba, donde adquirió una linda propiedad.

La señorita Lormeau (tal era el nombre de la antigua costurera) no tenía otros parientes próximos que el señor de Santenay y sus hijos. Jorge y Matilde eran, pues, sus únicos herederos, y ella hacía tiempo que había declarado que, cuando sus sobrinos se casasen, se encargaría de dotarlos. A uno y á otra quería darles doscientos mil francos, juzgando mejor favorecer en vida á los parientes que después de la muerte.

Marta había visto varias veces á Jorge en el locutorio del colegio, cuando el joven iba á visitar á su hermana, y hasta hablale hablado, en presencia de Matilde, los ratos que tenían permiso para pasear los tres, á la sombra de los corpulentos árboles de la Comunidad. También se vieron ambos jóvenes, y con más libertad, en casa del General.

El señor de Santenay sabía que la mejor amiga de su hija no salía jamás del convento, ni siquiera en vacaciones, como no fuese por Pascua, y, comprendido de verla siempre encerrada, á instancias de Matilde, había pedido á las religiosas que dejaran salir con ella á Marta.

Las religiosas pusieron esto en conocimiento de Raclot, quien respondió que daba las gracias al General y á su hija, y que no tenía inconveniente en que Marta fuese á pasar algunos días de vacaciones con su querida amiga, en casa del señor de Santenay.

Tal respuesta, esperada con impaciencia, alegró mucho á las dos amigas.

Desde entonces, y á menudo, tuvo Marta días de salida.

Acogíanla siempre y mirábanla en casa del General, como si hubiese sido otra hija.

La señorita de Santenay salió del colegio un año antes que Marta; pero, á pesar de esto, las dos amigas no estuvieron completamente alejadas la una de la otra. Con ocasión de algunas festividades, el General y su hija iban á la Comunidad, pedían á la Superiora que permitiese salir á Marta, y se la llevaban consigo.

Así fué como, en aquel último año, Marta y el Ingeniero pudieron verse de vez en cuando, pues siempre que ella debía pasar dos ó tres días al lado de Matilde, sabíalo Jorge por ésta, y se apresuraba á ir al lado de su familia.

¿Habrá que decir que Jorge de Santenay no era insensible á la radiante hermosura de la amiga de su hermana, á su encantadora gracia, á ese no sé qué adorable que había en todo su ser? Hacía más de un año que el amor, el primer amor, encanto de la juventud, hablase apoderado de su corazón; amaba el joven á Marta con entusiasmo. Aquello era una pasión. Ya no vivía más que por Marta, y por ella hubiera dado la vida.

No atreviéndose á manifestar á la muchacha el sentimiento que le inspiraba, temiendo también que se negase á escucharle y rechazara su amor, guardaba el secreto encerrado en el fondo de su corazón, tal un precioso tesoro.

Sin embargo, cuando supo que la señorita Raclot iba á salir definitivamente del colegio, la idea de que acaso no volvería á verla y de que, estando en edad de casarse, tendría pretendientes, hizo experimentar dolor tan vivo, que lo sacó de la reserva voluntariamente impuesta hasta entonces.

Tímido, cual todos los enamorados de *verdad*, no tuvo valor para decirle á Marta que la amaba. Confesóse á su hermana, y ésta quedó en el encargo de hacer la tan deseada y temida revelación.

—Bah, querido hermano! respondió Matilde sonriéndose; ya había oido decir tu secreto, y si no me equivoco, papá sospecha también algo. Tú mismo te has vendido al encargarme con insistencia que no se me olvidase prevenirte que Marta vendría á pasar algunos días en casa, siempre que esto hubiera de suceder.

Hoy, sin aguardar á más tarde, hablaré á Marta de la cuestión, te lo prometo, y ella me contestará con esa adorable franqueza que es una de sus muchas y buenas cualidades. ¡Ah, querido Jorge! ¿Cuánto me alegraría de que te correspondiese! No puedo desearte nada mejor que el ver á mi amiga convertirse en hermana mía. ¿Y por qué no ha de amarte? Si ella es, por todos conceptos, digna de ser amada, tú también eres igualmente digno de que se te ame.

Jorge había hecho su confidencia á Matilde por la mañana, antes del almuerzo; pues por la tarde paseábanse solas las dos amigas en una calle de árboles del jardín.

—Marta, dijo Matilde; tengo que hacerte una importante revelación.

—Bueno, Matilde, te escucho.

—Contigo, Marta, es inútil andar con rodeos para llegar al fin; voy, pues, sin preámbulos á decirte lisa y llanamente de lo que se trata. Esta mañana mi hermano me ha abierto su corazón; su corazón, que está henchido de amor por ti.

—Sabe, continuó Matilde, que Jorge te ama hace más de un año, y que hasta hoy ha ocultado su secreto, cual si fuese un crimen amarte, á ti, tan bella, tan perfecta en todo.

Marta, puesta una mano en el pecho, escuchaba á su amiga, embargada en dulce éxtasis.

—Ahora, querida mía, replicó Matilde, ¿qué le digo á Jorge? ¿Voy á llevarle la alegría ó el dolor?

Marta sufrió un nuevo estremecimiento, y arrojóse al cuello de su amiga, diciéndole con voz ahogada por la emoción:

—Matilde, ¡amo á tu hermano!

La señorita de Santenay no pudo contener una exclamación de alegría.

—¡Ah! ¡Serás mi hermana! dijo.

Y ambas amigas se abrazaron y lloraron juntas. ¡Oh! ¡cuán dulces eran las lágrimas que derramaban!

Un momento después, embriagado, loco de felicidad, declaraba Jorge á su hermana que le hubiese traído la muerte con la noticia de que no pensara más en Marta.

El mismo día, el General fué puesto al corriente de lo que pasaba.

—Está bien, dijo; he podido apreciar las raras dotes de la señorita de Raclot, y sé cuánto vale. Jorge no podría haber hecho elección más de mi agrado. Apruebo, pues, sus proyectos. Pero queda el señor Raclot, que nada sabe aún sobre el particular, y que puede tener ideas contrarias á las nuestras. En efecto: ignoramos si tiene otras miras respecto de su hija. De todos modos, y dado el estado actual de cosas, la señorita de Raclot no puede volver aquí.

—Felizmente, dijo Matilde, poco tiempo le queda de estar en el colegio.

—Cuando Marta se venga con su padre, éste nos invitará, me parece, á que lo visitemos; iremos los tres á Aubécourt, y entonces manifestaré al señor Raclot, si ya no lo sabe, que su hija y mi hijo se aman; después de lo cual le pediré la mano de Marta para Jorge. Debemos, pues, de aquí á entonces, madurar nuestros proyectos.

Jorge y Matilde aprobaron las prudentes palabras del General.

Marta no había tomado parte en la reunión celebrada por el General con sus hijos; pero fué puesta al tanto de los acuerdos en ella tomados, porque Matilde se los refirió.

IV

Mathurin Raclot no amaba á su hija más de lo que habla amado á su mujer; sin embargo, tratabala con dulzura, y profesábale ese respeto que las naturalezas superiores imponen á los seres ignorantes y rudos. Por lo demás, bien educada, muy instruida y poseyendo gran distinción. Marta halagaba la vanidad y el orgullo del aldeano.

A pesar de su avaricia, Mathurin Raclot no rehuía nada á su hija; verdad es que ésta no era muy exigente para sus cosas. De gustos sencillos, habituada á la sobriedad, no tenía en el castillo de Aubécourt más exigencias que en el convento, donde había pasado muchos años. En efecto, no era en el pueblo, al lado de su padre, en medio de una población agrícola, donde podía tornarse coqueta y meticulosa en su compostura.

El padre estaba encantado viendo que su hija no era derrochadora, como él se habla temido.

Así, pues, habiendo realizado cierto día una venta de ganados, que le produjo un beneficio con que no había contado, regaló á Marta alhajas por valor de tres mil francos. Esto era asombroso, inaudito.

La muchacha dió las gracias á su padre con cierta emoción en que se veía pintada su sorpresa.

Ya podría reemplazar sus actuales pendientes de veinticinco francos por otros de dos mil, y ponerse por vez primera una pulsera y una sortija de valor.

Pero (digámoslo francamente) Raclot se había mostrado tan pródigo, más bien por satisfacer su propia vanidad que por parecer agradable á su hija.

Marta comprendía que la ternura de su padre dejaba mucho que desear, y sufría viéndolo pagar con frialdad el acendrado afecto que ella le profesaba. Por más que hacía para derretir este hielo, era en vano, porque la amabilidad, las gracias y las caricias, no tienen acción alguna sobre el bronce ó el mármol.

Como no existía intimidad entre padre é hija, Marta no se mostraba comunicativa, y ponía forzadamente un freno á las expansiones de su corazón.

Por lo tanto, aunque llevaba ya dos meses en casa de su padre, no se había atrevido á decirle que Jorge de Santenay y ella se amaban.

Una mañana, después de haber hablado largamente al aldeano del General de Santenay, de su hija, de su hijo, de la acogida que por todos tuvo, de su agradecimiento y de la amistad que la unía con la señorita de Santenay, hizo comprender que, en prueba de agradecimiento debía invitarlos, siquiera una vez, á que viniesen á pasar dos ó tres días en el castillo de Aubécourt.

Continuará